



Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Sociología
Carrera de Sociología

Memoria para optar al título profesional de Socióloga

Derribando un mito: la sexualidad en la vejez femenina¹

AUTORA: Bárbara Iлона Danús Vigh

PROFESOR TUTOR: Claudio Duarte Quapper

FECHA: 10 de diciembre 2022

¹ Esta memoria de título forma parte del proyecto realizado en el marco del Fondecyt iniciación N°11200836 - “El hogar democrático hoy en día: Experiencias de injusticia en la cotidianidad doméstica” (2020-2023), a cargo del investigador principal Camilo Sembler.

Lo besa y no deja que él le despegue los labios de la boca. Luego hace que él la toque, que traslade el beso a su sitio más íntimo. En pocos minutos no puede más y el orgasmo la sacude. Sus orgasmos la tienen deslumbrada. ¿No será la menopausia una gran mentira?, se pregunta, simplemente otra forma de acobardar a las mujeres, de negarles el placer en la vida adulta acumulando miedo y quimeras sobre el fin de la fertilidad, como si la sexualidad sin reproducción no tuviera sentido. (Belli, 2020, p. 145)

Agradecimientos:

Me gustaría agradecerles a todas las personas que me han dado un espacio de confianza para hablar sobre su vida y mi vida sexual, sabiendo que se nos ha inculcado que es un tema prohibido, secreto y tabú. Agradecer a las mujeres de mi familia, especialmente a mi madre y a mi abuela, y a todas mis amigas con las que he podido crear un ambiente seguro de habla y escucha, que nos ha permitido a todas conocer, compartir y abrir esta dimensión de nuestra vida.

Quiero reconocer especialmente a las mujeres adultas mayores que quisieron participar en mis entrevistas, abriéndome las puertas de sus historias de vida y su intimidad, para que yo pudiera conocer sus experiencias y relatos en torno a su vida sexual, un tema callado y guardado para muchas.

Por demás, quiero agradecer a mis amigas, a mis amigos, a mi pareja, a mi familia y a mis profesores, por haberme apoyado y acompañado en todo este proceso. Por último, valoro al equipo del Fondecyt de iniciación N°11200836: “El hogar democrático hoy en día: Experiencias de injusticia en la cotidianidad doméstica” por haberme dado la posibilidad de participar, y al Proyecto Bienestar Mayor por dejarme formar parte, integrarme y aprender de todas las personas que lo conforman.

ÍNDICE

Resumen	3
Palabras Claves	3
1. Introducción	4
2. Antecedentes	6
2.1 Envejecimiento en Chile	6
2.2 Feminización de la vejez	7
2.3 Enfoques teóricos del estudio de la vejez	8
2.4 Mitos y estereotipos de la vejez	10
2.5 La asexualidad como mito en la vejez	12
3. Panorama conceptual	14
3.1 Género y sexualidad	15
3.1.1 Sexualidad en la vejez en una sociedad adultocéntrica	21
3.1.2 Las sexualidades en mujeres mayores:	23
3.2 Experiencias	26
4. Problematización	28
4.1 Pregunta y objetivos de investigación	30
5. Marco metodológico	31
5.1 Enfoque metodológico cualitativo y enfoque biográfico	31
5.2 Entrevista en profundidad como técnica de producción de información	33
5.3 Criterios de selección de la muestra	34
5.4 Caracterización de la muestra	35
5.5 Análisis de contenido	37
6. Resultados de la investigación	38
6.1 Conociendo los significados que existen sobre las prácticas sexuales	38
6.1.1 La sexualidad como tabú	39
6.1.2 Prácticas que se realizan en amor y compañía	41
6.1.3 La sexualidad como propia de la naturaleza y de la biología	45
6.1.4 Las prácticas sexuales como placer	49

6.2 Indagando en la valoración de su trayectoria sexual	51
6.2.1 La creación de una familia como expresión de una buena vida sexual	51
6.2.2 El placer como lo distintivo de una buena vida sexual	53
6.2.3 El desigual deseo sexual dificulta la calidad de la vida sexual	56
6.2.4 Vivencias sexuales como sucesos traumáticos y dolorosos	58
6.2.5 Un balance entre los primeros encuentros sexuales y los que poseen en la actualidad	60
6.3 Explorando las características del proceso de envejecer que influyen en la vida sexual	64
6.3.1 Rasgos personales	64
6.3.2 Rasgos vinculados a otro	67
6.4 Identificando qué prácticas realizan en su vida sexual	72
7. Conclusiones	78
8. Bibliografía	85

Resumen

La presente investigación tiene como objetivo comprender las principales maneras en que las mujeres adultas mayores experimentan su vida sexual. Para poder dilucidar este propósito, se utilizó una metodología cualitativa con enfoque biográfico, para, de esta manera, obtener a través de un relato situado en la historia de las participantes, información sobre cómo experimentan su vida sexual siendo personas mayores. Para llevar a cabo esta investigación, se realizaron diez entrevistas en profundidad a mujeres adultas mayores de 75 años que viven en la Región Metropolitana.

A través de una perspectiva de género y gracias a un enfoque teórico gerontológico feminista (Freixas, 2008) se pudo ofrecer una lectura comprensiva de cómo experimentan las participantes su vida sexual. De este modo, los principales resultados de este estudio permiten entrever que, las mujeres adultas mayores experimentan su vida sexual de diferentes maneras, siendo difícil encasillarlas de forma uniforme y homogénea, ya que la forma en que la viven está permeada de diferentes componentes como, por ejemplo: sus propias historias de vida y la coyuntura sociocultural. Además, se vislumbra que, el hecho de que las participantes tengan -o no- pareja influencia la forma en que experimentan su vida sexual en la vejez, ya que conciben las prácticas sexuales como actos que se desarrollan en compañía, es decir, con una pareja. Por último, se observa que la socialización de género que las entrevistadas han tenido a lo largo de su trayectoria vital, tiene un importante efecto en cómo se desenvuelven sexualmente en este periodo de la vida.

Palabras Claves

Mujeres adultas mayores; sexualidad; prácticas sexuales; experiencias; enfoque cualitativo biográfico.

1. Introducción

La sexualidad en la vejez ha sido un tema históricamente tabú y desconocido. Se ha inculcado la idea de que, una vez terminada la etapa reproductiva, se acaba la vida sexual de las personas. Esta creencia ha pesado con mayor profundidad en las mujeres, ya que, son ellas las que poseen un marcador biológico que indica cuando dejan de ser fértiles, mientras que para los hombres es algo menos perceptible y evidente, además de que históricamente han tenido una mayor permisividad y aceptación en el ámbito de la sexualidad (Freixas, 2018).

Como señala Freixas (2018), en nuestra sociedad persiste la creencia de que las mujeres adultas mayores son personas inadecuadas para tener actividad sexual, ya que se encontrarían inhabilitadas producto de su incapacidad reproductiva, por lo que son vistas como seres asexuales. Este imaginario que posee de manera transversal la sociedad sobre este grupo, genera que se les prive y se les margine de sus derechos sexuales y reproductivos. Por tal motivo, se hace imprescindible conocer y comprender cómo experimentan la sexualidad las mujeres adultas mayores desde sus propias voces, ya que, de esta manera, escuchándolas, se puede hacer frente a estas creencias colectivas, y así, comprobar si realmente son sujetas que se encuentran desconectadas de su dimensión sexual, o es solo un oscurecimiento de este ámbito en las adultas mayores.

Es importante señalar que esta investigación es relevante desde una mirada sociológica, ya que el estudio de la esfera íntima y privada de las personas es significativo para el estudio de la sociedad. Tal como se ha señalado en la literatura feminista, el estudio de lo personal es sumamente político (Guevara, 2013), por lo que, en esta línea, sería y es importante que se conozca más sobre las experiencias sexuales de las mujeres adultas mayores. Esta investigación da la posibilidad de estudiar desde las particularidades de cada sujeta, las diferentes experiencias y vivencias que ellas han tenido, para que, de esta manera se pueda comprender la situación desde un foco común.

Por lo anterior, las diferentes experiencias de estas sujetas no son hechos aislados, sino que forman parte de un entramado de vivencias comunes a las mujeres de esa época, lo que permite vislumbrar que estas experiencias colectivas demuestran la existencia de un orden social y cultural que permea las vidas de las mujeres mayores.

A través del desarrollo de esta investigación se logra derribar el mito existente en torno a la asexualidad en la vejez; y se consigue visibilizar que las mujeres adultas mayores existen y resisten como sujetas sexuales. Se revela que poseen diversas maneras de expresarse y vincularse sexualmente; se observa que experimentan la sexualidad de diversas formas, siendo para algunas un requisito fundamental tener una relación amorosa para poder desenvolverse de manera plena en este ámbito. Se vislumbra además que el proceso de socialización y el manto patriarcal que cubre nuestra sociedad, han hecho que estas entrevistadas posean ciertas ideas y modos de vincularse con su dimensión sexual. Se pudieron obtener estos hallazgos gracias a que se realizó la investigación con un carácter cualitativo, en la cual se realizaron diez entrevistas en profundidad con un enfoque biográfico a mujeres adultas mayores que viven en la Región Metropolitana.

Para que exista una mayor comprensión y orden de este estudio, se señalará de manera breve lo que se desarrolla en cada uno de los siguientes capítulos.

En el siguiente apartado se exponen los antecedentes del objeto de estudio, se realiza primero una contextualización del envejecimiento en la actualidad, también, se desarrolla el tema de la feminización de la vejez. Por otro lado, se muestran los diferentes enfoques teóricos con los cuales se ha estudiado la vejez y el envejecimiento. Además, se desarrolla un estado del arte sobre los diferentes mitos y estereotipos que pesan en las personas mayores, y se profundiza especialmente en el mito de la asexualidad.

En el tercer capítulo se realiza un panorama general en torno a los conceptos principales de sexualidad y experiencias, que se trabajan en la investigación. El concepto de sexualidad se profundiza desde tres ejes: género, adultocentrismo y la sexualidad específica en mujeres mayores.

En el cuarto capítulo se presenta la problematización de la investigación, además de exponerse la pregunta de investigación junto a los objetivos.

Posteriormente, se desarrolla el marco metodológico de la investigación, en el cual se muestra que se utilizó un enfoque cualitativo y biográfico. Se empleó como técnica de producción de información la entrevista en profundidad. Además, se presentan los criterios muestrales que

fueron considerados para este estudio y una caracterización general de la muestra que finalmente se utilizó. Por último, se indica que se empleó el método de análisis de contenido.

En el sexto capítulo se exponen los resultados de la investigación, los cuales están expuestos según cada uno de los objetivos específicos. En virtud de ello, este capítulo se estructura en cuatro dimensiones. En la primera se desarrollan las significaciones que poseen las mujeres adultas mayores sobre las prácticas sexuales. En la segunda, se presentan las valoraciones y los elementos que ellas aprecian en torno a su trayectoria sexual. En la tercera dimensión, se exponen los rasgos del proceso de envejecer que han influido en la forma en que experimentan su vida sexual. Por último, se presentan las principales prácticas sexuales que realizan las mujeres adultas mayores.

En el último capítulo se exponen las conclusiones de la investigación, además se exhiben las limitaciones del presente estudio y se sugieren futuras líneas de investigación vinculadas a la sexualidad en la vejez.

2. Antecedentes

En el siguiente apartado se realiza una contextualización del fenómeno en cuestión, se intenta dar a conocer las características del tema investigado y vislumbrar las formas en que se ha abordado esta temática.

Para esto, se desarrollan cinco subapartados: el primero contextualiza el proceso de envejecimiento que se vive en Chile. En el segundo se desarrolla la feminización existente en el periodo de la vejez. En el tercer subapartado se abordan los diferentes enfoques teóricos con los que se ha estudiado la vejez. En el cuarto se desarrollan los diferentes mitos y estereotipos que existen sobre la vejez; y posteriormente se profundiza sobre el mito de la asexualidad en los/as adultos/as mayores.

2.1 Envejecimiento en Chile

Hace varias décadas se vive un creciente envejecimiento de la población, tanto en Chile como en el resto del mundo. En los próximos años la población de personas mayores (65 y + años) en Chile, superará a la proporción de menores de 15 años; en el año 2018 los adultos mayores constituían el 12% de la población, y se proyecta que para el 2050 este porcentaje se duplique

(INE, 2018). Pero no solo ha aumentado la proporción de adultos/as mayores, sino que se ha alargado esta etapa del ciclo vital producto de la longevidad de la vida. Esta mayor duración o alargamiento de la vida va acompañada del aumento de la esperanza de vida, provocando un cambio cultural significativo en cuanto a la proyección socio-individual a futuro, ya que la vejez ya no va a ser entendida como experiencia pasada, sino como experiencia presente y con proyecciones futuras (Osorio, 2006).

La esperanza de vida en los últimos 100 años ha aumentado de una manera muy acelerada. En 1920 existía una esperanza de vida que bordeaba los 50 años, y actualmente la media de esta se aproxima a los 80 años. Sin embargo, la esperanza de vida no es igual para ambos sexos, ya que las mujeres tienden a vivir cinco años más que los hombres (INE, 2021), por lo que habría más mujeres en este grupo etario en relación con los varones. Esto último se puede ver en el elevado índice de feminidad de este grupo; a mayor edad las diferencias se acentúan, llegando a 157 mujeres por cada 100 hombres en el rango de 75 años y más (SENAMA, S.F.). En el año 2017, se estimó que un 55% de la población mayor de 60 años eran mujeres, mientras que sólo un 45% hombres (INE, 2017).

2.2 Feminización de la vejez

Por lo anterior, diversos autores han señalado que existe una feminización de la vejez, ya que el envejecimiento es principalmente femenino en términos de longevidad y mayor esperanza de vida; a pesar de que estadísticamente nacen más hombres en el mundo.

También en Chile se manifiesta la feminización del envejecimiento en el hecho de que los cuidados durante la vejez recaen en mujeres, siendo ellas dentro de la estructura familiar, las principales cuidadoras (Osorio, 2008). En este país las adultas mayores muchas veces envejecen siendo cuidadoras y aportando mediante su trabajo gratuito e invisibilizado, enmascarado como parte de su rol de abuelas (Osorio, 2008). En esta generación de mujeres, por la educación, la transmisión de valores y prácticas culturales que tuvieron, marcan modelos de ser mujer, donde el ser mujer-esposa y mujer-madre se construye muchas veces en contraposición al de ser mujer-trabajadora (Osorio, 2008); por lo que, muchas de ellas no trabajaron o lo realizaron de manera informal. Esto impacta directamente en su futuro como

personas mayores, no teniendo garantías de seguridad económicas en la vejez (Comunidad Mujer, 2016) y generando una feminización de la pobreza en este rango etario.

2.3 Enfoques teóricos del estudio de la vejez

El estudio sobre la vejez no se ha realizado desde un único enfoque, sino que han ido surgiendo diferentes teorías para analizar este objeto, estas han variado según los contextos históricos en los cuales se estudia y según la significación y valoración que se le da a la vejez. Por lo que, es importante señalar que la vejez no ha tenido la misma valoración a lo largo de la historia y tampoco en todas las culturas y sociedades.

Las ciencias médicas fueron las primeras disciplinas en estudiar la vejez y posteriormente se integraron las ciencias sociales a esta investigación. Desde el comienzo, la gerontología y los estudios sociales sobre el envejecimiento se caracterizaron por un importante dominio en lo aplicado y en lo empírico, sin embargo, con un escaso desarrollo teórico. Esto principalmente ya que, los investigadores realizaban estudios que tuvieran influencia en las políticas públicas, buscando un impacto más “práctico” para los/as adultos/as mayores (Johnson, 2001), por sobre la creación de teorías sobre la vejez o del envejecimiento.

Como se señaló, las formas de estudiar los fenómenos del envejecimiento han ido transformándose según las diferentes concepciones que se han ido teniendo sobre la vejez. En las ciencias sociales los estudios de este tipo parten desde los años cincuenta, principalmente en esa época se centraron en investigar los problemas vinculados a la vejez, como la desigualdad, la pobreza y la vulnerabilidad. Los referentes teóricos que se utilizaron para estudiar ese tipo de problemáticas provenían de macro teorías como la de la modernización o de la desigualdad. Las investigaciones realizadas a partir de este enfoque generaron un desarrollo negativo de la concepción de ancianidad (Osorio, 2006), ya que el foco estaba puesto en los problemas que poseían estos sujetos.

Desde la década de los sesenta, emergen nuevos enfoques teóricos como respuestas al fenómeno de la vejez, como la teoría de la desvinculación que desarrollan Cummings y Henry (196, citado en Robledo, 2016), en donde se estudia cómo la vejez se desvincula de diferentes esferas de la sociedad, tales como el mercado laboral. Sin embargo, este tipo de enfoque también propició una imagen negativa de la vejez (Osorio, 2006). Posteriormente, se

desarrolló la teoría de la actividad, (Havighurst & Albrecht, 1953, citado en Oddone, 2013) en la cual, se comienza a configurar una visión más activa, positiva y socialmente más valorada de la adultez mayor; esta plantea que el bienestar en la edad avanzada depende de que los/as adultos/as mayores desarrollen y adquieran nuevos roles dentro de la sociedad, manteniéndose como sujetos activos. También, posteriormente se desarrollaron estudios con enfoque ecológico, los cuales planteaban realizar análisis del contexto y de los espacios vitales claves para entender el desarrollo de la persona y de su entorno, buscando conocer así, a los sujetos en sus contextos cotidianos (Bronfenbrenner, 1979; citado en Cortés, Ayerbe & Medrano, 2002). También, se ha analizado la vejez desde el enfoque de curso de la vida, en este se reconoce la complejidad y la heterogeneidad de las personas mayores; se plantea que las biografías de los sujetos están incrustadas y son moldeadas en un determinado tiempo histórico y espacio social, pero a su vez se reconoce que los sujetos tienen capacidad de agencia a lo largo de sus vidas (Fuentes, Osorio, 2020).

Por último, se han desarrollado teorías con un enfoque más crítico como son la gerontología crítica y la gerontología feminista. La primera, observa críticamente la construcción social de la vejez, esta relativiza conceptos de la gerontología tradicional anteriormente sostenidos como universales; se critica que estos conceptos poseen una finalidad implícita que tiende al mantenimiento del orden social y de la distribución del poder (Yuni, 2008). En cambio, la gerontología feminista busca develar el carácter socialmente construido de los significados y valores que rodean la vida de las mujeres mayores, analizar las normas culturales que limitan su existencia libre en la vejez y promover interpretaciones del envejecimiento femenino que reflejen la complejidad de su ciclo vital (Freixas, 2008). Con esta última teoría, se intenta dar cuenta que, para comprender el fenómeno de la vejez femenina, no se puede observar esta sin una diferenciación de género, ya que las experiencias y vivencias pueden variar de gran manera siendo un hombre o una mujer mayor. Este tipo de teorías se ha podido complementar con perspectivas interseccionales, las cuales, a grandes rasgos, buscan dar cuenta de la existencia de múltiples opresiones (e identidades) que se cruzan e interrelacionan y que no se pueden abordar de maneras aisladas. Es una perspectiva que busca reconocer que las opresiones se expresan de formas diversas, estando condicionadas por dimensiones como el sexo, la clase social, la edad, la raza, la orientación sexual, entre otras.

Desde la concepción que se ha tenido de la vejez, frecuentemente se han creado mitos y estereotipos que condicionan el enfoque de investigación. Por ejemplo, concebir la vejez como un todo homogeneizado y sin género (Osorio, 2007) ha condicionado que se estudie la vejez sin considerar las diferentes intersecciones que entrecruzan la vida de las personas y, por lo tanto, provocando una universalización del sujeto/a mayor.

2.4 Mitos y estereotipos de la vejez

Tanto en Chile como en otros países existen diversos mitos y estereotipos en torno a la vejez. Diversos autores han desarrollado estudios sobre la existencia de esta problemática; parte de estos aportes demuestran la existencia de estereotipos negativos hacia la vejez en adultos/as mayores en Latinoamérica (Lasagni, 2013). También, en Argentina (Monchietti & Sánchez, 2010, citado en Lasagni, 2013) se demostró que en las representaciones sociales sobre la vejez de niños/as, se destacaba la fragilidad y rasgos del aspecto físico de las personas mayores (como sus canas, arrugas y su postura encorvada). En Chile, también se hizo un estudio sobre la vejez desde la mirada de los/as universitarios/as, y se mostró que existe un predominio de imágenes negativas (Arnold, Thumala, Urquiza & Ojeda, 2007).

Se han desarrollado conceptos para referirse al tema de los mitos y estereotipos de la vejez. Robert Butler (1969) acuñó el concepto de “ageism” para referirse a esta problemática; y la traducción que se le dio a ese concepto fue edadismo, este concepto hace referencia a los estereotipos y prejuicios que derivan en conductas discriminatorias por motivos de edad. Sin embargo, algunos autores han querido poner énfasis y reconocer la situación específica que viven las personas mayores, y han hecho otra traducción de este término, nombrándolo como viejismo (Salvarezza, 1993). Este último hace referencia a lo anterior pero asociado exclusivamente a los prejuicios y discriminaciones vinculadas a las personas mayores por razón de su edad.

Las actitudes prejuiciosas hacia este grupo etario tienden a homogeneizar a estas personas en función de su edad, creando un único imaginario de qué es la vejez; siendo que no existe un único tipo de vejez, sino que existen múltiples vejezes, ya que la población mayor es sumamente heterogénea y cada persona que forma parte de esta ha tenido diferentes experiencias y recorridos vitales, por lo que la viven de diferentes formas.

Tanto la forma de vivir la vejez, como la manera o el tipo de discriminación que experimentan las personas mayores, se vive de manera diferentes si son hombres o mujeres. La intersección de ser mujer y ser mayor puede ser mucho más aguda, ya que no existiría únicamente una discriminación viejista, sino que también machista, por lo que tienen que aguantar tanto actitudes de rechazo por ser una persona mayor como por ser mujer. Covey (1988, citado en Freixas 2008) señala que los términos utilizados para referirse a las adultas mayores tienen connotaciones aún más negativas que hacia los hombres mayores, corroborando el hecho social y cultural de que el envejecimiento de las mujeres está marcado con potentes imágenes mentales desmoralizantes. Autoras como Susan Sontag (1982) también vislumbran que la forma de envejecer según cada género es sumamente diferente. La autora plantea la noción del doble estándar del envejecimiento; ella señala que envejecer supone un proceso gradual de descalificación sexual para las mujeres en nuestra sociedad que no sucede con los hombres, Sontag sostiene que ha existido la idea de que, mientras los años pasan, las mujeres envejecen, mientras que los hombres van madurando.

Villaseca, Gutiérrez, Ríos, et al. (1995, citado en Osorio 2008) desarrollan el tema del imaginario de la vejez en la mujer mayor en la sociedad occidental moderna. Los autores señalan dos ideas principalmente: la primera, es que las normas específicas de género basadas en el machismo delimitan la vida de las mujeres durante todo su ciclo de vida, afectando directamente su calidad de vida cuando son mayores. Y la segunda idea, es que la existencia de imágenes, estereotipos y mitos de las mujeres mayores constituyen la base de creencias económicas, psicológicas, sociales, biológicas, acerca de ellas. A pesar de que estas creencias son infundadas y negativas en su orientación, tienden a ser aceptadas como hechos objetivos. Por este tipo de imágenes, muchas veces las mujeres mayores son marginadas del resto de la sociedad.

Algunos de los estereotipos o imágenes más usuales con que se suele caracterizar a las mujeres mayores es que se les identifica como “pasivas, pobres, asexuadas, solitarias, obsoletas, inactivas, conservadoras, enfermas crónicas y en necesidad de constante cuidado o institucionalización. En otras palabras, dependientes” (Villaseca, Gutiérrez, Ríos, et al., 1995, Osorio, 2008, p.614). Este tipo de representaciones de lo que es la vejez femenina

tiende a estigmatizarla, y produce una desvalorización para las personas que forman parte de este grupo, y de las más jóvenes un rechazo hacia esta etapa posterior que las espera.

2.5 La asexualidad como mito en la vejez

Uno de los mayores mitos y prejuicios que existen sobre la vejez tanto para las mujeres como para los hombres, es que las personas al llegar a este período de sus vidas, se vuelven seres asexuales. Esto, ya que existe una creencia popular de que las personas mayores no tienen relaciones ni deseos de carácter sexual, y estas nociones están fuertemente arraigada en nuestra cultura y en nuestra sociedad (Walz, 2002; Freixas, 2018).

Históricamente hablar de la sexualidad ha sido un tabú social, cultural y religioso; y se ha optado muchas veces por el silencio de este tema. Esto es transversal a todas las edades, sin embargo, al “presuponer” que el modelo teórico de la sexualidad de los/as adultos/as mayores es que son asexuales a partir del momento en que no son seres para la reproducción (Freixas, 2018); tendería a marginarlos/as muchos más del mundo de las sexualidades, dejándolos/as completamente ajenos a este tema.

Además, este tabú afecta de manera diferenciada según cada género, la aceptación social de la sexualidad es diferente para los hombres y para las mujeres. Desde jóvenes los hombres poseen una mayor permisividad para actuar como agentes sexuales, mientras que se desvaloriza y estigmatiza a las mujeres que responden a sus propias necesidades y deseos sexuales; además el hecho de que sean signos de feminidad la falta de iniciativa y de interés sexual vislumbra claramente esta diferencia (Freixas, 2018).

Freixas (2018) indica que existe una escasez de estudios que indaguen en la sexualidad de las personas mayores, tanto en las ciencias médicas como en las ciencias sociales. La autora, que ha desarrollado en profundidad estos temas, señala que los estudios existentes suelen preocuparse por temas muy limitados: como la transición menopáusica, las disfunciones sexuales y el malestar en ese periodo de la vida. Además, Freixas (2018) señala que en la mayoría de los casos se trata de entender la sexualidad a base de cuantificar frecuencias y desde el coitocentrismo; centrándose principalmente en la actividad sexual en pareja, en una realidad en la que un buen número de personas mayores viven solas, especialmente en el caso

de las mujeres. De esta manera, se desconoce y se invisibiliza otras formas de sexualidad que se distinguen del sexo heterosexual centrado en el coito.

Investigaciones que han estudiado la sexualidad en el envejecimiento, tanto en las ciencias sociales como de las ciencias médicas, desmienten el mito de que los/as adultos/as mayores son seres asexuales; y dejan entrever que son seres con interés hacia la sexualidad y con actividad sexual. Este mito afectó mayormente a las mujeres, ya que son ellas a las que siempre se les ha definido por su capacidad reproductiva y de procreación, por lo que, al perder estas facultades con la llegada de la menopausia, es aún más complicado concebirse como seres sexuales, produciendo muchas veces un rechazo a la sexualidad. Sin embargo, los estudios pioneros acerca de la sexualidad de las mujeres, realizados por Masters y Johnson (2017), afirmaron que la capacidad de goce y deseo sexual de las mujeres no decrece a lo largo de la vida; lo único que se ha probado es que la duración de la fase orgásmica en la mujer de 50 a 70 años sufre una disminución paulatina que no tiene mayor importancia (Master & Johnson, 1981; citado en Herrera, 2003). Herrera, (2003) realiza una revisión en la literatura de una gran cantidad de estudios epidemiológicos, y confirma que la actividad sexual existe en los adultos y en las adultas mayores; y que seguir considerándolos como poco interesados en la sexualidad o con escasa actividad sexual se puede encasillar como un acto discriminatorio.

Se han realizado estudios sobre la percepción que existe de la sexualidad de los/as adultos/as mayores y se han podido encontrar apreciaciones con hallazgos contradictorios. Arnold, Thumala, Urquiza y Ojeda (2008), en su investigación descubren que entre los universitarios/as existe una generalizada imagen negativa sobre la sexualidad en la vejez. Mientras que, Cerquera, Galvis y Cala (2012) muestran que existe una percepción positiva de jóvenes, adultos y personas mayores respecto al derecho de los/as adultos/as mayores al ejercicio de su sexualidad; lo que se contradice con la investigación realizada por Wong, Álvarez, Domínguez, et al (2010), en la cual se evidencia que existen fuertes creencias y actitudes negativas de las mismas personas mayores frente a su propia sexualidad. Por otro lado, también se han desarrollado estudios sobre la percepción de profesionales de la salud sobre este tema, y en la realizada por García, Quijada, Mellado, et al (2019), se identificó que

los/las enfermeros/as no abordan la sexualidad con los adultos/as mayores vejez por temas de incomodidad.

Desde España, Anna Freixas (2018) ha estudiado y escrito sobre la sexualidad en adultas maduras. Una de las últimas investigaciones que realizó, fue sobre sexualidad en mujeres posmenopáusicas; en esta produjo encuestas y grupos de discusión. El principal resultado que obtuvo fue que la sexualidad en este período de la vida no es homogéneo ni generalizable, sino que es muy diverso, complejo y único para cada mujer que lo vive (Freixas, 2018).

Un acontecimiento relevante para las investigaciones sobre la sexualidad de la vejez en Chile es que desde la cuarta versión de la Encuesta Nacional de Calidad de Vida en la Vejez (UC-Caja Los Andes, 2017) se incorporaron preguntas sobre sexualidad en la adultez mayor. Este hecho conlleva a que se empieza a producir información sobre esta temática, y además a que se ponga en la palestra la importancia de la sexualidad para la calidad de vida de las personas mayores. Aunque hayan desarrollado muy pocas preguntas en la encuesta vinculados a la sexualidad, se logra dar información relevante para caracterizar a la población mayor sexualmente activa. Esta se encuentra compuesta principalmente por hombres, personas entre 60 y 69 años y personas con un alto nivel educacional (UC-Caja Los Andes, 2020). Esta información ayuda a conocer quiénes son los/as sujetos/as que viven mayormente su sexualidad; sin embargo, quedan algunas incógnitas sin responder cómo: ¿Por qué poseen menor actividad sexual las mujeres, las personas mayores de 70 años, y las personas con un bajo nivel educacional? ¿Qué factores condicionan una mejor o peor vida sexual en la adultez mayor? ¿Qué tan importante consideran que es una buena vida sexual para su calidad de vida? ¿Qué comprenden por sexualidad? ¿Cómo experimentan su vida sexual?

3. Panorama conceptual

En este apartado se realiza un panorama teórico sobre los principales conceptos que se trabajan en la presente investigación. Primero, se expone el concepto de sexualidad con el de género ya que se consideran nociones interrelacionadas en este estudio. Después, se desarrolla la sexualidad en la vejez en una sociedad adultocentrista desde las concepciones de Duarte, y posteriormente se trabaja la sexualidad en mujeres mayores desde la perspectiva de Freixas. Por último, se desarrolla el concepto de experiencias.

3.1 Género y sexualidad

Género y sexualidad son conceptos diferentes, pero en conjunto permiten comprender el fenómeno en cuestión a cabalidad.

El concepto de género ha sido teorizado desde diferentes autores/as, y surgió para desnaturalizar y desafiar ciertos atributos asociados a la mujer; sin embargo, no existe un único consenso o una única definición sobre este concepto ya que ha ido evolucionando y transformándose.

Osborne y Molina (2008) retoman un conjunto de definiciones por parte de algunas autoras sobre las diferentes conceptualizaciones que han sido desarrolladas del género; entre ellas, se encuentra la de Simone De Beauvoir. Aunque ella no utiliza la palabra en sí misma, se refiere a la feminidad como algo elaborado, sin valor sustancial: “no se nace mujer; se llega a serlo”. De esta forma, De Beauvoir cuestiona toda interpretación de la condición femenina como una consecuencia natural de la biología. Además, la autora señala que las elaboraciones de género sobre la mujer siempre están definidas en términos de inferioridad en relación con lo masculino; además de ser entendidas como lo otro, la alteridad (De Beauvoir, citado en Osborne, Molina, 2008).

A diferencia de De Beauvoir, Scott (1996) desarrolla de manera precisa la concepción de género. La autora separa en dos partes su definición (interrelacionadas, pero analíticamente distintas): “el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder” (Scott, 1996, p.23). De la primera parte se comprenden cuatro elementos interrelacionados: el primer elemento son los símbolos culturalmente que evocan representaciones simbólicas; el segundo son los conceptos normativos de las representaciones simbólicas; después un elemento sobre organización social y política; y, por último, un elemento que hace referencia a la identidad subjetiva. La segunda parte de la definición de Scott (1996) refiere a que el género es el campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder; en esta lectura se señala que no es el género el único campo, pero parece haber sido una forma persistente y recurrente de facilitar la significación de éste.

Años después, la misma autora vuelve a escribir y teorizar sobre este tema y se replantea su definición anterior. En su nuevo texto, Scott (2011) señala que anteriormente, cuando teorizó por primera vez el concepto de género se utilizaba en general la noción de construcción cultural, con lo cual se referían a que los significados eran atribuidos, no inherentes a los cuerpos, y que había una historia y una política de esas atribuciones de significados. Esta idea se basaba en la noción de que podía distinguirse entre el sexo y el género, ya que el primero se refería a la biología y el segundo a la cultura. Sin embargo, autoras/es como Butler y Haraway (citadas en Scott, 2011) cuestionaron y criticaron lo anterior, ellas/es señalaban que, si el género podía ser construido culturalmente, lo mismo podía hacerse con los significados biológicos del sexo; hasta se podía señalar que era el género el que le atribuía a la biología su significación supuestamente innata. Con esto, Scott actualiza su conceptualización de género y señala que “es el que produce significados para el sexo y la diferencia sexual, no el sexo el que determina los significados del género” (2011, p.100).

Por su parte, Kate Millet aborda la temática de género en su libro “Política Sexual” (1995, citado en Osborne y Molina, 2008). En este la autora elabora una teoría del patriarcado que se basa en la noción de que el sexo es una categoría social impregnada de política, y sostiene que es posible y necesario considerar el carácter político de las relaciones entre los sexos. Millet (1995, en Osborne y Molina, 2008) señala que la política sexual, el dominio del hombre sobre la mujer, el cual se manifiesta en un nivel tan íntimo como el de las relaciones personales -incluidas las sexuales-, tiene su origen en la institución patriarcal; en la cual las manos masculinas poseen el poder. Este carácter patriarcal lo plantea transversal a todas las civilizaciones; es decir cómo manera universal en que se regulan las relaciones entre hombres y mujeres, colocando a estas en una posición de inferioridad y sumisión.

Sin embargo, la idea de patriarcado, aunque muy utilizada, también ha recibido críticas y cuestionamientos. Rubin (1986) en su texto “Tráfico de Mujeres” desarrolla la opresión de las mujeres y su génesis; se pregunta ¿Cuáles son las relaciones en las que una hembra de la especie se convierte en una mujer oprimida? Frente a esta pregunta, la autora señala que toda sociedad tiene modos sistemáticos de lidiar con el sexo y con el género, empero el patriarcado asume que todos los sistemas sexuales son asimétricos y opresivos para la mujer y, aunque pareciera ser una constante, se debe distinguir entre la capacidad y necesidad humana de

sistemas sexuales, y los modos empíricamente opresivos en que se han organizado. En el fondo, la concepción de patriarcado abarca las dos nociones; es por esto que en su texto Rubin (1986) desarrolla el término “sistema de sexo/género”, este es un concepto más neutro e indica que la opresión no es inevitable, sino que es producto de relaciones sociales específicas que la organizan; y se define como un conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana.

Rubin (1986) en este mismo texto, analiza dos sistemas que muestran la opresión de la mujer: el sistema de parentesco de Leví-Strauss y el psicoanálisis de Freud. La autora dialoga con estos dos teóricos y señala que sus planteamientos sobre la subordinación femenina, la división de los sexos y sus sexualidades se encuentran relacionados.

En torno a los planteamientos desarrollados por Leví-Strauss, el parentesco es una imposición de la organización cultural, en la cual la esencia de este es el intercambio de mujeres entre hombres, pero paralela e implícitamente se construye una teoría de la opresión sexual. En este sistema se distinguen los sujetos sociales entre hombres y mujeres, por lo que se perciben los roles y destinos que se le asignan a cada sexo. Además, rigen un conjunto de normas que estructuran la sexualidad, siendo la heterosexualidad la orientación sexual obligatoria. Por lo que, para este sistema, el género no es solo una identificación con un sexo, sino que además implica dirigir el deseo sexual hacia el sexo opuesto (Rubin, 1986).

Por otro lado, respecto a los planteamientos planteados por el psicoanálisis, esta teoría ofrece una descripción de los mecanismos por los cuales los sexos son divididos y deformados, y de cómo los/as niños/as infantes, andróginos y bisexuales, son transformados en niños y niñas, que incorporan las reglas y tabúes sobre la sexualidad e incorporan el deseo heterosexual (Rubin, 1986). Lo anterior se asume en la crisis edípica y si se acepta su rumbo, es decir si en el caso de la niña "acepta su castración", su estructura libidinal y su elección de objeto serían congruentes con el papel del género femenino, lo que señala que se ha convertido en una mujercita femenina, pasiva y heterosexual (Rubin, 1986).

Estas teorías muestran que, el hecho de ser hombre o mujer determina derechos, roles y vivencias sexuales sumamente diferentes. Se observa que los dos sistemas nombrados estructuran el género y la sexualidad de una manera en la que la mujer vive en una situación de opresión y subordinación. La autora plantea que el feminismo debe tener una meta mayor

que la eliminación de la opresión femenina, debe batallar por la eliminación de las sexualidades y papeles sexuales obligatorios:

El sueño que me parece más atractivo es el de una sociedad andrógina y sin género (aunque no sin sexo), en que la anatomía sexual no tenga ninguna importancia para lo que uno es, lo que hace y con quién hace el amor. (Rubin, 1986, p.135)

Vinculado a lo anterior, Bourdieu (2000), señala en su texto “La dominación masculina”, que la fuerza del orden masculino prescinde de cualquier justificación y se encuentra naturalizado en la sociedad, por lo que, ni siquiera es necesario que existan discursos que lo legitimen. Da a entender que la diferencia biológica entre los sexos pareciera ser como la justificación natural de la desigualdad socialmente establecida entre los sexos y de la relación arbitraria de dominación de los hombres sobre las mujeres. El autor señala que la sociedad se estructura a través de opuestos y complementarios como vendría siendo la distinción entre lo masculino y lo femenino. Lo primero sería lo público, lo exterior, lo activo, lo dominante, lo viril, mientras que lo femenino, es decir lo propio de la mujer, se encuentran en el campo de lo privado, lo interno, además son consideradas como seres pasivas y sumisas. En la misma línea plantea que el ser femenino es percibido y vivido como un ser para otro, para complacer a su opuesto.

Retomando la idea de Rubin (1989), ella señala que la sexualidad se encontraría ligada al concepto de género, sin embargo, años después vuelve a teorizar sobre este tema empero de manera desvinculada de la noción de género. Para la presente investigación se concibe de manera relacionada estos dos conceptos, ya que como señala Bourdieu y como complementa Lamas (1998) la sociedad construye las ideas de lo que deben ser y cómo deben actuar los hombres y las mujeres; lo cual es transversalmente a las diferentes esferas de la vida de las personas, incluyendo la vinculada a la sexualidad.

Por lo tanto, existen pautas y normas de cómo deben actuar las personas según su género, lo cual se ve permeado de gran manera en el ámbito de la sexualidad. Se espera que las mujeres tengan un comportamiento particular en la actividad sexual, se desea que sigan la misma línea señalada por Bourdieu (2000), ser personas sumisas en este ámbito y que estén a gustas con las decisiones y acciones que toman los varones sobre su vida sexual.

Desde el campo de la sociología de la sexualidad de Guasch (1993), él señala que la sociedad está regulada a través de la cultura la sexualidad humana. El autor analizó cómo en los últimos dos siglos, occidente ha normado este tema y señala que, el cristianismo, la medicina y posteriormente la sexología han sido los encargados de pautar y reglamentar la sexualidad -y el derecho vinculado a estas prácticas-, y aunque poseen concepciones diferentes, han reproducido las mismas bases en sus discursos. Por lo que la normativa imperativa ha sido principalmente una defensa del matrimonio o de la pareja estable, junto a un sexo genital coitocéntrico; con una concepción de la sexualidad definida en términos masculinos que, además, interpreta la sexualidad femenina desde la perspectiva del varón; y, por último, la existencia de una continua condena de las sexualidades disidentes (Guasch, 1993).

Lo que desarrolla Guasch (1993) se vincula fuertemente con lo que señala Rubin (1989) sobre la existencia de un sistema jerárquico de valores sexuales en sociedades occidentales. La autora da a entender que existe un sistema jerárquico de las sexualidades, en donde las que se encuentran en la cúspide serían lo heterosexual, marital, monógamo y reproductivo que es la sexualidad “buena”, “normal” y “natural”. Debajo estarían los heterosexuales no casados y posteriormente la homosexualidad (en pareja es mejor valorada en esta jerarquía). Las castas sexuales más despreciadas incluyen normalmente a los transexuales, travestis, fetichistas, sadomasoquistas, trabajadores/as del sexo, y en la más baja forman parte aquellos/as cuyo erotismo transgrede las fronteras generacionales (Rubin, 1989). Según la autora, el sexo solitario flota ambiguamente en esta jerarquía, el estigma de la masturbación hasta cierto punto permanece, como la idea de que es un sustituto inferior a los encuentros en pareja. En este sistema de orden sexual, cualquier sexo que no sea como el que se encuentra en la cima se considera "malo", "anormal" o "antinatural"; de esta manera se marca una "frontera" que separa las conductas eróticas. Por lo tanto, sólo se les concede complejidad moral a los actos sexuales situados en el “lado bueno”, los encuentros heterosexuales pueden ser gloriosos o desagradables, libres o forzados, románticos o mercenarios; mientras no viole otras reglas se le concede a la heterosexualidad la plena riqueza de la experiencia humana. Por el contrario, todos los actos sexuales del “lado malo” son contemplados como repulsivos y carentes de cualquier matiz emocional (Rubin, 1989).

Sobre lo anterior, la autora señala:

Una moralidad democrática debería juzgar los actos sexuales por la forma en que se tratan quienes participan en la relación amorosa, por el nivel de consideración mutua, por la presencia o ausencia de coerción y por la cantidad y calidad de placeres que aporta. El que los actos sean homosexuales o no, en parejas o grupos, desnudos o en ropa interior, libres o comerciales, con o sin vídeo, no debiera ser objeto de preocupación ética. (Rubin, 1989, p.22-23)

Por lo tanto, desde lo señalado por Rubin, es necesario que no se conceptualice la sexualidad en términos del “lado bueno”, es decir, como el sexo coitocéntrico reproductivo heterosexual como “la verdadera”, “correcta” y “natural” sexualidad, como ha sido la norma históricamente; sino que se debe comprender de una manera más heterogénea y amplia tomando en cuenta todas las aristas que la conforman, sin una pretensión moralista.

Desde la OMS (Organización Mundial de la Salud, 2018) se ha definido de manera breve y concisa el concepto de sexualidad, y en este se incluyen diferentes dimensiones que comprenden este concepto:

La sexualidad es un aspecto central del ser humano que está presente a lo largo de su vida. Abarca el sexo, las identidades y los roles de género, la orientación sexual, el erotismo, el placer, la intimidad y la reproducción. Se siente y se expresa a través de pensamientos, fantasías, deseos, creencias, actitudes, valores, comportamientos, prácticas, roles y relaciones. Si bien la sexualidad puede incluir todas estas dimensiones, no todas ellas se experimentan o expresan siempre. La sexualidad está influida por la interacción de factores biológicos, psicológicos, sociales, económicos, políticos, culturales, éticos, legales, históricos, religiosos y espirituales. (p.3)

En la cita se identifican diferentes dimensiones que forman parte de la sexualidad, sin embargo, para la presente investigación se desarrollan y se abordan ciertos temas centrales, siendo uno de los principales el de prácticas sexuales.

Indagando en este concepto, Lanantuoni señala que las prácticas sexuales se definen como “patrones de actividad sexual presentados por individuos o comunidades con suficiente consistencia para ser predecibles” (2008, p. 48 citado en Bahamón, Vianchá, Tobos, 2011). Por otro lado, Rodríguez y Hernández (2002, citado en Montoya & Rodríguez, 2008), señalan

que existen prácticas sexuales con mayor frecuencia que otras, siendo las más realizadas: los besos, las caricias, el coito, el frotteurismo, sexo oral y la masturbación; estas prácticas cuentan con un mayor reconocimiento y aceptación por parte de la población general.

El hecho de que se desconozca otras prácticas o que presenten una baja frecuencia puede estar dado con que históricamente la sexualidad ha sido un tema tabú, estando vinculada principalmente -como se explicitó anteriormente- a una actividad ligada al ámbito de la reproducción, por lo que, una relación sexual completa sería aquella en la que existe penetración. Desde la idea de la jerarquía de las sexualidades de Rubin (1989), sería considerada como la verdadera sexualidad. Sin embargo, hoy en día las prácticas sexuales han trasladado su foco hacia desenvolvimientos satisfactorios, vinculados a la calidad de placer que aportan estos encuentros más que sobre la manera en que son realizados (Rubin, 1989).

Por último, es importante señalar que la sexualidad tiene un componente tremendamente individual, cada persona va a ir perfilando su propia relación con la sexualidad según sus experiencias previas, el ambiente social y cultural en el que viven, la información a la que acceden, su educación, según las parejas que han tenido, sus creencias religiosas, entre otros factores. Cada persona va construyendo esta concepción de sexualidad, y esto va dando un marco de referencia en el cual cada uno se mueve, ya que la sexualidad no es algo ni estático ni universalizable, es dinámica y puede ir cambiando la relación que las personas tienen con esta con el transcurso del tiempo.

3.1.1 Sexualidad en la vejez en una sociedad adultocéntrica

El adultocentrismo es un tipo de dominación hegemónica ejercida por los grupos adultos, estos se encuentran en la cúspide de una estructura de relaciones verticales, y abajo se encuentran todos los sujetos “no-adultos/as” como niños/as, jóvenes y adulto/as mayores de manera subordinada. Duarte (2012) plantea que lo adulto al “encontrarse en la cúspide” genera una imposición del deber ser, viéndose la adultez como el foco hacia el cual niños, niñas y jóvenes deberían dirigirse. De esta forma se crea un imaginario social adultocéntrico, en el cual lo adulto es concebido como lo valioso, lo potente, lo verdadero y con facultades de control sobre lo que es inferior y que se encuentra subordinado.

Duarte (2016) señala que existen tres dimensiones del adultocentrismo: la dimensión simbólica, la dimensión material y la dimensión corporal-sexual; sin embargo, para la presente investigación sólo se desarrollan dos, la dimensión simbólica y la corporal-sexual.

La noción simbólica del adultocentrismo a grandes rasgos, está constituida por los imaginarios que se han hecho sobre el ciclo vital. Este es un ciclo que se distribuye como una campana de gauss, es decir como una distribución normal, la cual tendría un estado ideal que es el de mayor desarrollo y madurez del ser humano, la adultez. Lo que se encuentra en los extremos por un lado es lo incompleto –la niñez y la juventud-, y por el otro lado es lo “jubilado” –la vejez- volviendo a tomar la posición de dependientes y subordinados. Además, el ciclo vital es visto como una estructura que se divide en etapas y se espera que las personas sean o hagan diferentes cosas según cada etapa del ciclo vital que están viviendo, por lo que el ciclo es una estructura reglamentada y pautada (Duarte, 2012).

La otra dimensión es la corporal-sexual, Duarte (2016) desarrolla esta dimensión especialmente aplicada hacia la juventud, sin embargo, para esta investigación se emplearán elementos que él señala para el estudio del adultocentrismo en la vejez; el autor señala que los/as adultos/as:

Establecen normatividades y valoraciones sobre los cuerpos sociales, especialmente los de niños, niñas y jóvenes para definir sus despliegues –lo que está permitido sentir, experimentar y desear– y sus limitaciones/ prohibiciones –lo que no deben hacer, sentir y desear –. Estos cuerpos juveniles y sus sexualidades han venido siendo gestionados de manera unilateral y autoritaria. (Duarte, p.42, 2016)

En el caso de los/las adultos/as mayores se ha visto reflejado de igual manera la visión dominante adultocéntrica en esta dimensión corporal-sexual. En ellos/as también recae la idea de que las experiencias sexuales solo son para un período de la vida, es decir el de la adultez; con esta mirada normativa de la sexualidad se anula y/o prohíbe la actividad sexual en otras etapas vitales.

Los/as adultos/as poseen en este sistema, cierto poder sobre los/as sujetos/as subordinados/as, y una forma de ejercerlo es imponiendo ciertas reglas de cómo comportarse con su cuerpo; reglamentando lo que pueden y no pueden hacer. Además, en los casos en que los/as

adultos/as mayores no viven solos y de manera independiente, sino que viven con sus hijos/as o en hogares para adultos/as mayores, la “infraestructura” y el espacio que habitan, no está dispuesto para un desenvolvimiento de su propia sexualidad. Por lo que se las da por finalizada ya que al no ser personas con capacidad reproductiva se les considera como seres no-sexuales. También, vinculando esto con la dimensión simbólica, se podría decir que, al esperarse ciertas formas de ser y actuar para cada período de la vida, experimentar la sexualidad en la vejez se sale de los márgenes y de las pautas de “cómo ser viejo/a”. Esto ya que no se espera que los/as adultos/as mayores sean seres sexuales y activos en este ámbito, sino que existe el imaginario de que son pasivos/as, enfermos/as, tiernos/as, abuelos/as, dependientes y muchas otras características que no se relacionan con ser sujetos/as eróticos/as.

3.1.2 Las sexualidades en mujeres mayores:

En este subapartado se teoriza sobre la sexualidad en mujeres mayores, y se realiza principalmente desde la autora española Anna Freixas que desarrolla en profundidad este tema en diferentes textos; sin embargo, para ahondar en esta temática es necesario señalar desde qué mirada en esta investigación se concibe el envejecimiento femenino.

Según Osorio (2008), se debe observar el envejecimiento como un proceso que da cuenta de la articulación entre aspectos subjetivos de la mujer y su ser social en un proceso de construcción histórica. Por lo que, no se comprende la vejez como un estado, sino que se entiende más bien como una construcción biográfica-individual e histórica-cultural (Osorio, 2006). También la autora señala que las mujeres envejecen como han vivido, es decir, la vivencia de la vejez en las mujeres se construye sobre una serie de cambios y experiencias vividas, recogiendo la vida pasada desde el presente para proyectarse hacia el futuro como mujeres mayores (Osorio, 2008). Esta noción de envejecimiento femenino también la posee Freixas (2018) y la aplica al tema de la sexualidad, ella señala que de la misma manera que se envejece, es como se ha vivido, y lo mismo sucede con la sexualidad, ya que esta se plantea como una continuidad respecto al cómo se experimentó en otras edades y, desde luego, se relaciona íntimamente con las ideas y creencias que existen sobre esta.

Freixas (2018) señala que las vivencias sexuales de las mujeres posmenopáusicas están influenciadas por diferentes elementos como el significado cultural otorgado al climaterio, la

educación que tuvieron, si tienen o no pareja, la calidad de la relación de pareja, la interiorización de la heterosexualidad obligatoria, la noción de un único y restrictivo modelo de belleza –juvenil–, si practican su autoerotismo, las creencias y prácticas sobre la sexualidad en la juventud, entre otros.

Freixas y Luque (2008) profundizaron sobre este último punto. Ellas señalan que las ideas y prácticas relacionadas con la sexualidad que se han tenido en la juventud convierten en un sistema de creencias que hará más o menos factible las vivencias satisfactorias –o no– de la sexualidad en la edad mayor. Ellas identifican algunos mitos que se han convertido en mandatos culturales que han configurado el pasado y el presente tanto de hombres como de mujeres, y que interfieren de manera clara en la sexualidad de estas cuando mayores.

Sobre lo anterior, las autoras identifican seis mitos, el primero hace referencia a la idea de sexualidad como genitalidad, en esta idea de correspondencia, el lugar otorgado al coito deja afuera otras posibilidades de prácticas de gran interés para las mujeres, centradas más en el afecto y la sensualidad, como son los abrazos, los besos, el contacto piel a piel, las caricias, la cercanía en la relación, el autoerotismo, etc. El segundo mito es la idea de sexualidad como únicamente heterosexual, esta idea dominante sobre la sexualidad en nuestra cultura implica una relación entre un varón y una mujer, de manera que el mandato de la heterosexualidad interfiere en la fluidez del deseo en las mujeres de todas las edades (Rich, 1980, citado en Freixas & Luque, 2008). Además, la heterosexualidad ha tendido a girar únicamente en torno al placer masculino. Un tercer mito es la visión del autoerotismo como pecado, esta noción ha generado culpabilidad de ejercer esta práctica, esto producto principalmente de las valoraciones religiosas y de una negativa educación sentimental, además con esta idea no se favorece la incorporación de las mujeres a la satisfacción individual de los deseos sexuales. Un cuarto elemento es la relación de sexo y amor, es decir, la idea de que para las mujeres tener relaciones sexuales con alguien requiere de un vínculo amoroso, lo cual impone un límite a la práctica. El quinto mito que nombran Freixas y Luque (2008) es la noción de sexualidad como reproducción, ellas señalan que la idea entre sexo y maternidad lleva a considerar que la menopausia supone el término del deseo sexual, y que este solo es posible o legítima si una está en edad reproductiva; además, ha existido la creencia de que la menopausia marca el fin de la feminidad. Además, este hecho biológico está permeado de

imaginarios como que es el comienzo del deterioro del cuerpo de la mujer (Del Valle, 2002 citado en Osorio & Sadler, 2005). Por último, Freixas y Luque (2008) señalan como mito la idea de la feminidad como pasividad, se ha considerado que una característica propia de la feminidad es ser pasiva, esto significa tener poca iniciativa e interés en los momentos sexuales; por demás, cuando mujeres se han mostrados activas e interesadas hacia la sexualidad han sido estigmatizadas.

Sobre esta última idea, Anna Freixas (2018) señala que ha existido una desigualdad en temas de aceptación social de la sexualidad según género. Desde la juventud los hombres han tenido una mayor permisividad para comportarse y expresar sus deseos sexuales, mientras que las mujeres se les ha sido desvalorizadas si responden a sus propias necesidades vinculadas a esta dimensión.

Además de los mitos mencionados, Freixas (2018) desarrolla una creencia distinta que relaciona la belleza juvenil con el atractivo sexual y las prácticas sexuales. Según la autora, esta idea ha creado serios efectos colaterales en mujeres mayores, ya que esta relación les ha generado dificultades en la aceptación de su propia imagen corporal. El rechazo social por los cuerpos no hegemónicos adquiere caracteres sorprendentes cuando se trata del cuerpo de las mujeres mayores cuyo valor de mercado reside en un modelo de belleza –juventud y delgadez– inalcanzable en la edad mayor, por lo que resulta sumamente difícil sustraerse del juicio de que los cuerpos de las mujeres viejas no son atractivos (Cruikshank, 2003 citado en Freixas, 2008). Además, sucede que muchas veces las mujeres mayores interiorizan la idea de que ya no son atractivas ni sexualmente deseables, ya que no son jóvenes y se autoexcluyen creyendo que poseen deseos inadecuados para su edad y físico (Freixas, 2018). La autora señala que la pérdida del atractivo implica con frecuencia dejar de actuar con libertad en la búsqueda de la satisfacción de los deseos y las necesidades sexuales, y esto les sucede mayormente a mujeres mayores heterosexuales que a mujeres lesbianas.

Por lo tanto, los mitos, o mejor dicho, los mandatos culturales expuestos, dejan entrever que existe un peso muy fuerte sobre la sexualidad que repercute fuertemente en la vejez femenina, convirtiéndose en posibles impedimentos para vivirla en plenitud y de manera libre. Por lo que, se observa que en la sexualidad existen elementos culturales y contextuales que impactan generando –en este caso- limitaciones en la manera en que las mujeres adultas

mayores se desenvuelven y se manifiestan en el ámbito sexual, sintiéndose restringidas producto de los mitos colectivos que han permeado la sociedad. Sin embargo, es importante señalar que, aunque existan mandatos culturales que afectan en gran medida en la experiencia de la sexualidad en la adultez mayor, no existe una homogeneidad en ellas. Freixas (2018) señala que la sexualidad posmenopausia es una experiencia muy variada y compleja, difícil de encasillar y generalizar:

Las experiencias eróticas femeninas están lejos de ser uniformes, son más bien una experiencia múltiple, diversa y compleja que se relaciona con la historia personal y la coyuntura sociocultural manera que depende más de los significados, las normas sociales y de las expectativas que de la estricta respuesta fisiológica. (Freixas, 2018, p. 201-202)

3.2 Experiencias

Para teorizar este concepto se parte rescatando la idea de la experiencia vivida, pero en relación con lo común y general; defiende que una obra, acción, vivencia o expresión son totalidades singulares, no deducibles de lo común, pero elaboradas a partir de lo común, y cuya comprensión ha de partir de ello (Bruner, 1986, citado en Díaz, 1997).

Díaz (1997) en su texto genera puentes entre diferentes autores y llega a la idea de que en la vida uno/a va desplazándose por múltiples experiencias, que se tienden entre dos polos: la experiencia de la reflexividad y la del fluir. La reflexividad es una experiencia singular que, al separarse de uno/a mismo/a, permite conocerse en el mundo, definirse, erigirse y transformarse como sujetos/as activos/as; Turner (citado en Díaz, 1997) sostiene que esta experiencia no podría ser comprendida sin la experiencia opuesta del fluir, del dejarse llevar por las acciones –en donde no se necesita una intervención consciente–.

También el mismo autor, señala que:

Si bien la experiencia vivida es y constituye una de nuestras realidades básicas, también es cierto que ella se ha de organizar necesariamente a través del lenguaje: del lenguaje en tanto institución, en tanto producto, pero también como proceso histórico y cultural. (Díaz, 1997, p.12)

Por lo anterior uno puede observar la relevancia que el autor pone al lenguaje en la experiencia. De igual forma Scott (1991) se la da, sin embargo, desde una perspectiva feminista y vinculada a la experiencia de grupos marginados.

Scott (1991) analiza las experiencias de grupos ignorados (como mujeres y disidencias) de la historia dominante, y señala que posteriormente historiadores han hecho visibles estas “otras experiencias”. Sin embargo, la autora advierte sobre los riesgos de producir conocimiento sobre la diferencia cultural, sobre estos grupos oprimidos (fundamentalmente de género) desde una concepción deshistorizada, descontextualizada y desideologizada de la experiencia. Scott (1991) señala que el proyecto de hacer la experiencia visible no incluye el análisis del funcionamiento de este sistema y de su historicidad, y en vez de esto reproduce sus términos del sistema ideológico mismo. Por lo tanto, la experiencia no es solo relatar una vivencia desde una realidad reprimida, sino que es necesario establecer una reflexión sobre el sistema ideológico que lo sostiene, que señala Scott (1991) como son los procesos históricos en los que se enmarca.

Además, es importante señalar que para Scott los sujetos poseen agencia y se crean a través de las situaciones y estatus que se les confieren. Ser un sujeto significa estar sujeto a condiciones definidas de existencia, condiciones de dotación de agentes y condiciones de ejercicio (Adam & Minson, 1978, citado en Scott, 1991):

Estas condiciones hacen posibles elecciones, aunque éstas no son ilimitadas. Los sujetos son constituidos discursivamente, la experiencia es un evento lingüístico (no ocurre fuera de significados establecidos), pero tampoco está confinada a un orden fijo de significado. Ya que el discurso es por definición compartido, la experiencia es tanto colectiva como individual. La experiencia es la historia de un sujeto. El lenguaje es el sitio donde se representa la historia. La explicación histórica no puede, por lo tanto, separarlos. (Scott, 1991, p.66)

Por lo tanto, es relevante tener en consideración la experiencia como un material o herramienta para construir y reinterpretar las condiciones históricas y los significados culturalmente disponibles para pensar y reflexionar tanto la identidad, como el género, las sexualidades o la concepción de raza (Scott, 1991; citada en Elizalde, 2008). Por lo que se vuelve fundamental esta concepción de experiencia para el fenómeno de la sexualidad en la

vejez femenina. Así mismo, es relevante comprender los sistemas ideológicos, los cuales se refiere Scott, y tener claramente una mirada histórica de estas sujetas.

Elizalde (2008) señala que han existido diferentes críticas desde autoras feministas que señalan que Scott redujo la experiencia a un mero efecto lingüístico. La autora se hace un cuestionamiento sobre los límites de la concepción de Scott: “¿Entonces, cómo explicar aquellas prácticas y vivencias que los/as sujetos actualizan en torno al género y las sexualidades cuya materialidad transgrede la norma (lingüística) de las regulaciones culturales dominantes, pero que no se sostiene necesariamente en el lenguaje para hacerlo?” (Elizalde, 2008, p.24) Con esta pregunta que realiza Elizalde, se deja entrever algunos “vacíos” de la noción de Scott; sin embargo, Mohanty (1991 citada en Elizalde 2008) propone una salida a este interrogante. La autora indaga en los recursos subjetivos que se ponen en juego en la narración de historias y biografías, en los procesos de reinterpretación, y que dan paso a la producción de discursos resistentes. Estos se delinear desde posiciones y materialidades específicas como son las emociones, la corporalidad, la lingüística y no lingüística. Además, se pone énfasis como herramienta de resistencia la tensión emocional que surge de narraciones de experiencias y sentimientos contradictorios que atraviesan la trama misma de la realidad vivida por muchas mujeres, y que puede dar paso a contestación al discurso dominante. Para la autora no existe una experiencia, sino que capas de experiencia, las cuales pueden tener tensiones entre sí (Mohanty, 1991 citada en Elizalde 2008).

4. Problematicación

Por lo desarrollado en los antecedentes y en el marco conceptual, se puede señalar que han existido diferentes investigaciones que desarrollan el tema de la sexualidad en la vejez, tensionando el mito de la asexualidad. Sin embargo, en estas normalmente se ha buscado cuantificar la sexualidad, conocer la frecuencia del acto sexual, o caracterizar la población mayor sexualmente activa; dando por sentado que todos los sujetos/as estudiados/as poseen el mismo tipo de sexualidad o la experimentan de igual manera. En base a esto, la presente investigación se propone abordar esta problemática desde el foco de conocer y comprender cómo experimentan la vida sexual en esta etapa del ciclo vital, y estudiar este vacío que existe

en las investigaciones anteriormente realizadas. Por lo tanto, se desea indagar en cuáles son considerados como los actos propios de la sexualidad de las mujeres mayores. Esto, ya que han sido ellas las principales marginadas del ámbito de la sexualidad. Históricamente nuestra cultura les ha negado ver la sexualidad como algo placentero y como un acto de disfrute; vinculándola principalmente como un acto reproductivo.

Es relevante estudiar a las mujeres mayores dado que generalmente se les ha discriminado como posibles sujetas sexuales activas, esta discriminación surge a partir de la incapacidad reproductiva con la que cargan. Así, a partir de criterios reproductivos se les ha tratado como sujetas imposibilitadas de tener vida sexual, incapaces de tener placer y goce; de esta manera han quedado desconectadas de sus derechos sexuales, apartándolas de su dimensión corporal-sexual.

Además, el hecho de que son mujeres que han vivido la mayor parte de sus vidas en una cultura conservadora, la cual posee muchos valores propios de las iglesias conservadoras y patriarcales, marcan y determinan modelos de ser mujer, vinculando la feminidad con ser madres, esposas y seres pasivas en ámbitos sexuales. Ellas fueron criadas probablemente con un enfoque de la sexualidad que no estaba vinculado al placer femenino, sino que sólo vinculado a la procreación y a la complacencia del hombre.

Por otra parte, es relevante estudiar a estas mujeres, ya que al ser sujetas que poseen la menopausia, es decir que ya no se encuentran en edad fértil; el hecho de que vivan su sexualidad vislumbra que la realizan con fines distintos a los reproductivos. Lo cual pondría en jaque esa histórica asociación entre sexualidad y reproducción; demostrando que la sexualidad en la adultez mayor (al igual que en toda la vida) puede tener otros propósitos y formas de practicarla que las relaciones con fines procreadores.

Por otro lado, es importante señalar que existe un rechazo social por el cuerpo mayor, y esto aumenta cuando se trata del cuerpo de las mujeres, cuyo valor de mercado reside en un modelo de belleza –juventud y delgadez– inalcanzable en la vejez. Por lo que como se señaló en el marco teórico, resulta casi imposible sustraerse del juicio de que los cuerpos de las mujeres viejas no son atractivos (Cruikshank, 2003, Freixas, 2018). Lo cual podría impactar fuertemente en la sexualidad de las mujeres mayores, ya que el hecho de que exista una vinculación entre sexualidad activa y atractivo pone en una situación compleja a estas sujetas

que no cumplen esos estándares de belleza. Por lo que, estudiar cómo es vivir la sexualidad teniendo cuerpos femeninos envejecidos y no hegemónicamente atractivos es de sumo interés.

A su vez, el hecho de que las mujeres mayores sean la población predominante en esta etapa del ciclo vital y además sean las que mayormente viven la longevidad de la vida, significaría que en esta población podría existir una variedad de maneras de vivir la vejez siendo mujer. Por lo que, consecuentemente, podría haber diversas formas y experiencias en que estas mujeres experimentan su vida sexual, las cuales en el presente estudio se buscó conocer y abordar a través de la pregunta y los objetivos de investigación que se presentan a continuación.

4.1 Pregunta y objetivos de investigación

Por lo anteriormente desarrollado, la pregunta de investigación que guio el presente estudio fue:

¿De qué maneras experimentan su vida sexual las mujeres adultas mayores, que viven en la Región Metropolitana en el año 2022?

Objetivo general

Comprender las principales maneras en que experimentan su vida sexual las mujeres adultas mayores, que viven en la Región Metropolitana en el año 2022.

Objetivos específicos

- 1) Conocer los diferentes significados que le otorgan a las prácticas sexuales las mujeres adultas mayores en base a su propia experiencia.
- 2) Indagar en cómo han valorado las mujeres adultas mayores su trayectoria sexual.
- 3) Explorar los rasgos del proceso de envejecimiento que han influido en la vida sexual de las mujeres adultas mayores.
- 4) Identificar las diferentes prácticas sexuales que realizan las mujeres adultas mayores.

5. Marco metodológico

En el presente apartado se desarrolló el marco metodológico del estudio, el cual está estructurado en cinco partes: en la primera se expone que se utilizó un enfoque metodológico cualitativo y biográfico. En el siguiente se desarrolla la técnica de producción de información que se empleó la cual fue la entrevista en profundidad y posteriormente el tipo de análisis, el cual fue de contenido. Después se exponen los criterios de selección de muestra y finalmente la caracterización de la muestra utilizada.

La presente investigación posee un alcance de tipo exploratorio-descriptivo. Es exploratorio, pues permitió el inicio de una búsqueda de respuestas en torno a la sexualidad de un segmento de la población históricamente silenciado, es decir las mujeres adultas mayores. Al ser la sexualidad un tema tabú en nuestra sociedad, no han existido tantas investigaciones sobre este tema, y menos en este segmento social, por lo que el hecho de que esta investigación haya sido realizada en torno a este grupo y estas sujetas la hace de alcance exploratorio. También el estudio es de carácter descriptivo ya que se quiso conocer las características más relevantes del fenómeno a investigar, identificar las diferentes prácticas sexuales que realizan y los diferentes patrones dominantes que existen en este tema. Además, esta investigación estuvo enfocada en dilucidar las diferentes opiniones y valoraciones de las entrevistadas.

5.1 Enfoque metodológico cualitativo y enfoque biográfico

La investigación se planteó desde un enfoque metodológico cualitativo. Se optó por esta forma de aproximación al estudio social en tanto se vincula de mejor manera con los objetivos y las preguntas que se plantean para el desarrollo de la investigación. Las investigaciones con enfoque cualitativo se mueven en el orden de los significados y sus reglas de significación (Canales, 2006); además dejan entrever las subjetividades del/la investigador/a y de aquellos con los/as que se estudia (Flick, 2007). Por lo que se busca comprender y conocer a las personas que se investigan, tomando en consideración también las propias apreciaciones de la investigadora; ya que el estudio de la realidad que se quiere observar no es un hecho objetivo o unívoco, sino que la realidad que se pretende investigar está formada por las subjetividades de las personas que la habitan.

Las técnicas de investigación de carácter cualitativo buscan las respuestas en las subjetividades que emergen de quienes participan como grupo estudiado. Por lo tanto, a través de este enfoque se puede rescatar, escuchar, conocer y comprender las experiencias, valoraciones, opiniones e historias de las mujeres adultas mayores en torno a su propia sexualidad.

El enfoque cualitativo permite inmiscuirse en los relatos de las sujetas a investigar, para poder comprender cómo viven y conciben la sexualidad siendo personas mayores. Aunque el tema en cuestión sea difícil de abordar ya que es un tema oculto y tabú, esta forma de aproximación da la posibilidad de interactuar y conocer a la sujeta que se quiere estudiar en mayor profundidad.

El presente estudio también se desarrolló desde un enfoque biográfico. Para Cornejo (2006), este enfoque responde desde el marco de referencias de los propios actores involucrados a las preguntas formuladas, a la búsqueda de (inter)subjetividades en la manera de conocer. Además, se promueve una articulación de la historia individual con la historia familiar y a su vez, de éstas con la historia social que han tenido los/as sujetos/as. Por lo tanto, mediante la construcción de una historia biográfica se puede y se aspira a entrañar en las experiencias de los/as sujetos/as, teniendo en consideración cómo se conjugan los diferentes factores tanto estructurales como subjetivos.

Sautu (1999) señala que la investigación biográfica consiste en el despliegue de las experiencias de una persona a lo largo del tiempo, y con este enfoque se recogen las experiencias tal como ellos/as las procesan e interpretan. Además, la manera de narrar los hechos e interpretaciones está filtrada por las creencias, actitudes y valores del/la protagonista (Golby, 1997, citado en Sautu, 1999).

Por lo tanto, gracias al método biográfico se pudo conocer desde los propios ojos y sentires de las personas estudiadas sus experiencias de vida; en este caso a través de este enfoque la investigadora pudo adentrarse en las huellas de las mujeres adultas mayores, desde las interpretaciones que ellas articulan acerca de diferentes hitos, procesos sociales o personales que han formado parte en su vida. Además, al estudiar mujeres con un largo recorrido vital, el poder adentrarse y conocer sus historias de vida otorga una gran posibilidad de tener una mirada más completa de su pasado y sus memorias, para así poder conocer en mayor

profundidad sus experiencias presentes. Por demás, al estar esta investigación enfocada en conocer la vida sexual de estas sujetas, este enfoque se vuelve también relevante ya que - como se señaló en el marco teórico- la forma de vivir y experimentar la sexualidad en la vejez, está vinculada con su historia de vida; en especial cómo ellas en su pasado concibieron, percibieron y vivieron su sexualidad tiene influencia y repercusiones en como la experimentan hoy en día.

5.2 Entrevista en profundidad como técnica de producción de información

La técnica de producción que se utilizó para poder lograr los objetivos propuestos fue la entrevista en profundidad, Taylor y Bogdan (1992) la entienden como reiterados encuentros entre el/la investigador/a y los/las informantes. Estos tienen como objetivo la comprensión de las perspectivas que tienen los/las informantes respecto de sus vidas, experiencias o situaciones, expresadas en las propias palabras de los/as entrevistados/as. Según Gainza (2006), en la entrevista se establece una relación peculiar de conocimiento que es dialógica, espontánea, concentrada, de intensidad variable y relativamente libre. Además, el autor señala que esta técnica se orienta a un proceso de obtención de información expresada tanto en las respuestas verbales como en las no verbales del individuo entrevistado. Mediante esta técnica se realizaron encuentros entre la investigadora y las mujeres adultas mayores, en las cuales se creaban espacios de confianza y de rapport para que las participantes pudieran expresarse sin tapujos al momento de la entrevista.

Además, Taylor y Bogdan (1992) señalan que este tipo de entrevista es de gran utilidad para estudiar historias de vida; por lo que, al tener una investigación con enfoque biográfico, la entrevista en profundidad se tornó como una pertinente técnica para la realización de este estudio.

A través de la utilización de esta técnica se pudo conocer las experiencias de las adultas mayores y de esta manera inmiscuirse en su historia de vida para comprender el fenómeno en cuestión: su sexualidad como mujeres adultas mayores. Al ser un tema tabú, en especial en este periodo de la vida, se pretendió no solo obtener información desde las expresiones verbales de las entrevistadas, sino que también desde la comunicación no verbal que ellas expresaban, ya que esta es información relevante para poder tener una enriquecedora producción de información.

5.3 Criterios de selección de la muestra

Se decidió como criterios de selección de la muestra que las personas entrevistadas fueran mujeres de 75 o más años y que vivan en la Región Metropolitana. Se tomó esta decisión de corte etario ya que se quiso entrevistar a las mujeres que tuvieron su menarquía, es decir se volvieron sujetas fértiles y reproductivas, antes de que surgiera la píldora anticonceptiva (la cual se creó en la década de los sesenta en Estados Unidos); por lo que serían mujeres que en el año 1960 tenían 13 o más años. Según el estudio de García, Venebra, Orozco y Aguilera (2020) en la década de los sesenta, la edad promedio de la menarquía en Chile era a los 13,5 años. Se decidió este corte etario ya que se consideraba interesante estudiar a sujetas que cuando empezaron su periodo de fertilidad no tenían la posibilidad de controlar su propia natalidad².

Otro criterio que se consideró fue si las mujeres adultas mayores estaban -o no- emparejadas, este aspecto es relevante ya que, como señala Vásquez-Bronfman (2006) en su investigación sobre amor y sexualidad en personas mayores, la sexualidad se experimenta de maneras muy distintas si se tiene pareja o si se está solo/a. Por lo que, se consideró interesante poder observar estas diferencias en cómo experimentan su vida sexual personas que poseen una compañía amorosa y quienes se encuentran solas en este ámbito. En esta misma línea, Freixas y Luque (2008) señalan que, probablemente la barrera más importante para las mujeres, tanto de mediana edad como mayores, a la hora de llevar a la práctica sus deseos y fantasías sexuales sea la falta de pareja y/o las dificultades para encontrarla. Por lo tanto, para esta investigación se consideró pertinente hacer un énfasis en este criterio dicotómico, incluyendo tanto a personas emparejadas como a las que no. Esto ya que, a través de la literatura se pudo observar que este criterio posee un gran impacto en cómo las mujeres adultas mayores pueden

² Es importante señalar que, anterior a la píldora anticonceptiva existían otros métodos como el diafragma, los capuchones cervicales, cremas, gelatinas, óvulos, condones y dispositivos intrauterinos. Sin embargo, la píldora tuvo la particular diferencia en comparación a los otros métodos de ser más simple, de fácil uso, segura y precisa, además, brindaba una garantía de efectividad cercana al 100% -solo inferior a la esterilización y la abstinencia absoluta-. Además, ha sido considerada como un factor muy relevante para la liberación sexual de la mujer (Pávez, 2019).

experimentar su sexualidad, en las prácticas sexuales que realizan, cómo las significan y las valoran.

Por último, la cantidad de sujetas que formaron parte de la muestra se dictó por el principio de saturación; este es entendido como el agotamiento y la repetición de la información, el momento en que el contenido recabado redundaba en lo sabido, por lo que el objeto se ha agotado en sus descriptores (Canales, 2006). Por esta razón, según este principio propio de un enfoque cualitativo, se define el tamaño de la muestra cuando la información se encuentre saturada.

5.4 Caracterización de la muestra

La muestra que se utilizó en esta investigación, la conformaron diez mujeres adultas mayores que habitan en la Región Metropolitana, específicamente de las comunas de Las Condes (3), Peñalolén (2), La Reina (1), Santiago (1), Ñuñoa (1), La Pintana (1) y Providencia (1). Cinco de las entrevistadas se encuentran emparejadas y las otras cinco sin pareja.

A continuación, se muestra una tabla que caracteriza a cada una de las entrevistadas según su estado amoroso, su edad, en la comuna en la cual habitan y nivel educacional al que llegaron (en los casos que estudiaron una profesión se señala cual).

Tabla 1

Caracterización de las entrevistas

Entrevistas	Nombre anonimizado de la entrevistada	Estado amoroso	Edad	Comuna	Nivel educativo
N° 1	Solange	Viuda	86	Las Condes	Educación primaria incompleta
N° 2	Miriam	Separada	75	La Reina	Educación universitaria completa en psicología
N° 3	Elvira	Viuda	87	Las Condes	Educación universitaria

					en párvulo y ed. Básica
N° 4	Nora	Viuda	81	Las Condes	Educación secundario-completa
N° 5	Magdalena	Casada	75	Peñalolén	Educación completa en docente de lenguaje
N° 6	Cecilia	Emparejada	80	Santiago	Doctorada en biología
N°7	Ana	Emparejada	79	Ñuñoa	Educación universitaria incompleta en obstetricia
N°8	Iris	Casada	85	Providencia	Magíster en historia
N°9	Juana	Casada	80	Peñalolén	Sin educación formal
N°10	Gloria	Viuda	85	La Pintana	Educación primaria completa

Fuente: Elaboración propia

De las entrevistadas emparejadas todas son heterosexuales. Tres de ellas se encuentran casadas con su primer matrimonio, una de ellas está emparejada y convive con su pareja y la otra también se encuentra emparejada, pero posee una relación puertas afuera. De las cinco entrevistadas sin pareja, cuatro de ellas se encuentran viudas y una de ellas separada.

Como se observa en la tabla, las mujeres adultas mayores entrevistadas poseen diversos niveles educativos. Existen participantes que no tuvieron acceso al sistema educativo, otras que no pudieron terminar su escolaridad o que solo llegaron a la enseñanza básica. Otras de las entrevistadas terminaron su escolaridad secundaria, algunas fueron a la universidad y son profesionales, otras hicieron magíster y hasta doctorados en sus estudios.

5.5 Análisis de contenido

La técnica de análisis de información que se utilizó en esta investigación fue el análisis de contenido. Duarte (2021) la concibe como:

Una estrategia metodológica que, a través de procedimientos sistemáticos, permite el análisis e interpretación de los sentidos latentes y manifiestos expresados en un artefacto (...) en referencia a su contexto de producción y que, al mismo tiempo permite la realización de interpretaciones aplicables a dicho contexto para comprender las dinámicas sociales a que refiere el objeto de estudio. (p.11)

Como señala el autor, todo contenido de un artefacto puede ser interpretado de una manera manifiesta o una manera latente. La primera se refiere a lo notorio del texto, aquello que está en la superficie textual y que es evidente a la observación analítica. La segunda refiere a lo oculto, a la información que no se encuentra explícita, sino que “entre líneas”, siendo precisamente ahí, donde se expresan los sentidos subyacentes del texto. Además, tanto los datos expresos como los latentes cobran sentido y pueden ser captados dentro de un contexto, como señala Abreu (2000) texto y contexto son dos aspectos fundamentales en el análisis de contenido. Navarro y Díaz (1994, citado en Duarte, 2021) plantean que hay dos tipos de contexto: uno de producción y otro de enunciación. El primer tipo se refiere a las circunstancias históricas y estructurales en que se da el proceso de elaboración del artefacto analizado. Mientras que el segundo tipo refiere a considerar la posición de quien analiza e investiga como parte de un horizonte de producción de la interpretación; este tipo de contexto quiebra la idea de objetividad y neutralidad del/la investigador/a, por lo que se considera factores biográficos y contextuales propios del/a investigador/a.

Además, para efectos de esta investigación, se realizó un análisis de tipo deductivo. En palabras de Duarte (2021):

En la variante deductiva, se requiere considerar los propósitos investigativos del objeto, las notas de campo elaboradas durante la producción de información, y se agregan ahora, de forma pormenorizada las cuestiones de orden teórico. Esta triada: intereses investigativos, mirada teórica y las ideas del campo, resultan fundamentales para organizar una matriz de análisis que oriente el trabajo de inmersión en el material. (p.14)

Por último, se considera que esta técnica de análisis fue la apropiada para la presente investigación, ya que permitió entrever tanto el texto manifiesto, como lo dicho entre líneas; lo cual es esencial en este tema, ya que al ser tabú no es sencillo comunicarlo de manera cotidiana y directa. Por lo que, interpretar de manera latente lo dicho, dio y generó la posibilidad de adentrarse y comprender con mayor profundidad lo que planteaban las entrevistadas.

6. Resultados de la investigación

En este capítulo se exponen los resultados de la investigación, los cuales están presentados según cada uno de los objetivos específicos. Por lo que, lo conforman cuatro apartados. En el primero se desarrollan cuáles son las significaciones que poseen las mujeres adultas mayores sobre las prácticas sexuales. En el segundo se exponen las valoraciones y los elementos que ellas aprecian en torno a su trayectoria sexual. En el siguiente apartado se muestran como los rasgos del proceso de envejecer han influido en la forma en que experimentan su vida sexual las entrevistadas. Por último, se presentan las principales prácticas sexuales que realizan las mujeres adultas mayores.

6.1 Conociendo los significados que existen sobre las prácticas sexuales

Al realizar un análisis sobre los significados de las prácticas sexuales de las mujeres adultas mayores, se observa que es un concepto que posee diferentes concepciones, sin embargo, estas no son excluyentes entre sí, al contrario, muchas comparten más de una de estas nociones. Al realizar una clasificación se pudo obtener cuatro ideas fuerzas o categorías que logran ordenar los diferentes significados que estas abarcan. La primera, hace referencia a la idea de la sexualidad como tabú, como un tema prohibido y oculto. La segunda categoría hace referencia a las prácticas sexuales como una expresión de amor y compañía. La tercera como una práctica propia de la naturaleza; y, por último, la cuarta categoría apunta a la idea de que son prácticas placenteras.

Las participantes dan a entender que es un concepto que va transformándose, no es estático y no existe una única forma de comprenderlo ni significarlo. Señalan que ha ido mutando y ampliándose la concepción que tienen de las prácticas sexuales a lo largo de su trayectoria de vida.

6.1.1 La sexualidad como tabú

En este apartado se expone una mirada sobre los significados de las mujeres adultas mayores desde la idea tabú y prohibitiva de las prácticas sexuales. Esta idea está marcada por las trayectorias de vida de las entrevistadas, en especial en la época en la cual eran niñas y jóvenes. Freixas (2018) señala que las creencias y prácticas sobre la sexualidad en la juventud, tiene consecuencias en cómo la conciben y experimentan en la adultez mayor. La idea de la sexualidad como tabú, estaba en parte dada por la cultura religiosa y las ideas conservadoras propias de la sociedad epocal en la que vivían. Por lo que, la noción de sexualidad que se les fue inculcada y expresada ha tenido ese tinte, y ha influenciado en las ideas y creencias que tienen actualmente sobre la vida sexual.

En los relatos de las mujeres adultas mayores se expresa que, los significados que tenían en su juventud sobre la sexualidad eran desde una mirada prohibitiva, no les enseñaron ni orientaron sobre este tema, ya que era omitido y ocultado por la sociedad. Las entrevistadas cuentan que fueron educadas con secretismo y mentiras, sin explicaciones de esta dimensión de su vida, rodeadas de mitos. Muchas cuentan que cuando les llegó su primera menstruación no sabían qué significaba ni que debían hacer. Relatan que sus primeros acercamientos al tema fueron principalmente previos a casarse con alguna amiga o hermana que las orientó; o en la misma noche de bodas ya que su marido -con experiencia- les enseñaba:

Mi mamá no me dijo nada, pero nada de nada, pero nada, pero mi amiga me dijo, Elvira después de las relaciones sexuales sale un líquido tuyo, sale un líquido de él blablablá, tienes que tener estas toallitas para limpiarte para esto y esto otro. ¿y es hediondo? no tiene un olor... un olor extraño, no es hediondo tampoco es una cuestión agradable, pero... tienes que usarla y así... (Elvira, 86 años, viuda).

Las participantes vislumbran que antes existían muchos códigos ocultos en torno a la sexualidad, los cuales se daban por sentado y no se cuestionaban, ya que implicaban asuntos morales y religiosos. Uno de los más interesantes, como se expone en la cita y que sigue teniendo una gran carga hoy en día, es la creencia de la virginidad. Esta ha estado normalmente vinculada con la noche de bodas, en esa época, esta noche era un rito muy importante, el cual tenía mucho significado y valor, ya que usualmente para las mujeres era el momento de su primera intimidad sexual. Las entrevistadas relatan que para ellas era un

momento de presión, especialmente porque no sabían a que se iban a enfrentar esa noche de manera concreta (como se muestra en la cita), más bien tenían nociones e intuiciones por las propias significaciones que envolvían el suceso y por los mitos de este.

Estas creencias de la sexualidad generaron que la mayoría de las entrevistadas tuvieran en esa época una imagen muy determinada sobre la intimidad sexual y sobre quienes podían ejercerla: era una práctica íntima la cual se podía realizar posterior al matrimonio, entre un marido y su mujer.

Esta idea sigue presente de manera muy latente en una de las entrevistadas, la cual es evangélica. Ella da entender que la actividad sexual es algo muy vinculado a la religión, es la unión, la expresión máxima del matrimonio entre un hombre y una mujer:

[La intimidad sexual] eso hace la unión en el matrimonio po, (...) porque eso también lo dijeron los otros días en la iglesia a los matrimonios, (...) porque ahí dicen y en la biblia sale, ya que al momento que llegan al altar... ya después ya no son dos personas, es una sola, el matrimonio es uno solo (Gloria, 85 años, viuda).

Al contrario de la concepción anterior, una de las entrevistadas vislumbra tener una idea más liberal desde su juventud. Ella relata que en esa época no encontraba necesaria la cláusula del matrimonio para experimentar la vida sexual:

Yo era estudiante en el pedagógico y ya se hablaba del amor libre ponte tú, y yo era partidaria del amor libre, o sea pensaba que la exigencia de un papel era una formalidad (Cecilia, 80 años, emparejada).

Por lo tanto, Cecilia consideraba que no era necesario el contrato del matrimonio para tener vida sexual, sino que la existencia de una relación amorosa en pareja era razón suficiente. Sin embargo, ella cuenta que igualmente se tuvo que casar por presión social, ya que sin la formalidad del matrimonio no podían vivir juntos con su pareja, ya que era mal visto.

La mayoría de las entrevistadas ha modificado su forma de concebir la intimidad sexual, y en la actualidad concuerdan con la forma de pensar de Cecilia. Consideran como innecesaria la exigencia del matrimonio para poder tener vida sexual, creen que no es necesario esperar hasta la boda para poder realizar prácticas sexuales, sin embargo, señalan como imprescindible y como requisito fundamental tener una pareja estable, un vínculo afectivo.

Por lo anterior, la mayoría de las entrevistadas relatan que los significados que poseen de las prácticas sexuales han ido mutando. Empero, el peso de lo oculto de la sexualidad permea y sigue incidiendo en sus nociones hasta hoy en día. En los próximos apartados se va a dialogar con esta noción tabú de la sexualidad desde diferentes tópicos que desarrollan las participantes, y se logra entrever que para muchas lo oculto de este tema sigue siendo una idea dominante.

6.1.2 Prácticas que se realizan en amor y compañía

Como se señaló en el apartado anterior, las entrevistadas consideran que la vida sexual va ligada a la idea de tener pareja o esposo; lo cual, está en la misma dirección que lo que plantea Guasch (1993) sobre que históricamente ha imperado y se ha reglamentado la sexualidad como propio de un matrimonio o de una pareja estable.

Para las mujeres adultas mayores el valor de la pareja se encuentra en la responsabilidad mutua entre los implicados. Esto lo dan a entender desde su crítica a la forma en que se vive la sexualidad hoy en día, en donde todo es fluido y no existe un compromiso real en las relaciones interpersonales:

La sexualidad es tan distinta hoy día que antes, la sexualidad era como más intimidad, ahora no es intimidad es como una cosa que eres bisexual, es que fluyes nomas, es que la relaciones fluyen, fluyen con esto, con esto... es diferente, entonces la sexualidad era como uso privado (Iris, 85 años, casada).

Las participantes enjuician la forma en que se vive la sexualidad hoy en día, consideran que son lazos efímeros, con poca conexión entre los implicados. Las entrevistadas dan a entender que, para que exista intimidad sexual es necesario un vínculo, una conexión con el otro, en donde exista una compenetración entre los sujetos. Para las mujeres adultas mayores el romance, la afectividad y el cariño mutuo son esenciales en la vida sexual, por lo que critican esas prácticas tan fugaces y superficiales de relacionarse que existen en la actualidad, ese amor líquido y con poco compromiso (Bauman, 2005). Por lo que, la existencia de una conexión amorosa es requisito fundamental para las participantes:

La intimidad sexual es una entrega, es estar dos personas verdaderamente unidas en alma y corazón en todo, en todo unidas (...) es la demostración más verdadera de amor po hija (Elvira, 86 años, viuda).

Las entrevistadas poseen una idea de las prácticas sexuales vinculadas al amor romántico. Giddens (2004) señala que este tipo de amor es una conexión sentimental, que implica necesariamente cierto grado de reflexión acerca de los sentimientos que se tienen hacia la pareja, sobre la intensidad del afecto. Estos vínculos crean una historia, un relato compartido que les permite proyectarse, “hasta que la muerte los separe”. El autor señala que la intimidad en el amor romántico es importante y se construye por medio de una conexión sexual, pero a la vez por un vínculo espiritual y afectivo.

En concordancia con lo que plantean las entrevistadas, Giddens (2004) señala que de este amor romántico ha existido un giro hacia un amor confluyente, caracterizado por un menor compromiso dentro de la relación, donde ya no es imprescindible la conexión afectiva-amorosa o la existencia de un vínculo monógamo. Las mismas adultas mayores a lo largo de su trayectoria de vida, perciben esta transformación en los lazos amorosos, y lo dan a entender en las entrevistas desde una crítica a este cambio de las nuevas generaciones.

Dentro de las críticas a la forma en que se vive la sexualidad hoy en día, las participantes señalan que se han perdido los valores. Para las entrevistadas los valores son un piso mínimo en las relaciones sexuales; mencionan que el respeto es esencial para una vida sexual, tanto un respeto mutuo dentro de la pareja como uno hacia su propia persona. Ellas señalan que muchas mujeres hoy en día se faltan el respeto:

Porque sabes tú el respeto es super importante, a mí me duele, me duele que las niñas a lo mejor soy como no sé... [buena para] diferenciar mucho entre mujeres y varones, pero me duele que las niñas tengan relaciones muy jóvenes, de 13 años, de 14 años, no, me duele horrores. Porque van, van cambiando, de allá y pa acá y al final ¿todo da lo mismo ya? Porque vivir su intimidad con una persona que la conoce, que sabes cómo es, cómo se llama, pa donde va, de a donde es, es tan fundamental porque eso implica desarrollo humano, porque están tus valores, están tus sentimientos (Magdalena, 75 años, casada).

Asimismo, se observa un énfasis en las entrevistas respecto a la intimidad, como se deja entrever en la cita. Las mujeres adultas mayores señalan en reiteradas ocasiones que para ellas, la actividad sexual forma parte de la vida privada de las personas. Algunas cuestionan que hoy en día se exprese de manera tan libre y abierta el tema, e indican que es una práctica exclusiva del ámbito privado. A pesar de esto, las entrevistadas tienden a expresar -a la vez- gran apoyo y aceptación sobre que se hable y se enseñe de educación sexual.

Por lo tanto, convive esta contradicción entre el apoyo y el rechazo sobre la apertura de este tema. Algunas de las entrevistadas señalan que hoy en día la sexualidad ha permeado todos los ámbitos de la vida, sienten que se exhibe en todas partes, tanto en las telenovelas, en la publicidad, en el colegio, etc. Lo cual consideran morboso; pero a la vez piensan que es necesario que se reflexione más del tema, al recordar la poca educación sexual que ellas tuvieron en su juventud. Esto da a entender que conviven imágenes tabúes de la sexualidad, comprendiéndola como un acto de la vida privada y oculto de las personas, vista como una dimensión “secreta” de los individuos. Pero a la vez, se relaciona y dialoga con una noción de mayor apertura a la sexualidad, la cual quiere frenar las mentiras, mitos y desinformaciones, además de querer propiciar una mayor educación respecto a la sexualidad.

Bajo esta noción privada de la sexualidad, llama la atención que no se comprende de manera individual o personal, sino que se refiere a un acto íntimo entre dos personas. Las mujeres adultas mayores dan a entender que la actividad sexual es un acto privado en pareja, pero no lo conciben como un acto propio, de manera solitaria.

De modo que, al realizar un análisis sobre cómo comprenden las entrevistadas la masturbación, se logra obtener tres nociones principales en torno a esta práctica. La primera es que, algunas de las participantes señalan que nunca la han realizado por lo que lo consideran algo ajeno a las prácticas sexuales, en especial de la femenina, ya que sienten que la masturbación ha estado más vinculada a los varones.

Nunca lo hice, nunca sentí el deseo de masturbarme, siempre sentí que los hombres se masturbaban, los niños cuando comienzan la masturbación fíjate... a lo mejor he sido sexista en ese caso... porque uno tiene pegado ciertas cosas (Magdalena, 75 años, casada).

La sexualidad ha estado permeada por una masculinidad hegemónica, por lo que está, tanto en pareja como de manera individual se ha centrado en el placer del hombre, ocultando y relegando la posibilidad de que las mismas mujeres de manera autónoma e individual se proporcionen placer. Por lo demás, el rol histórico vinculado a cada género tiene consecuencias en este desenvolvimiento y las conductas asociadas a las prácticas sexuales (Radrigán, 2021). Por lo anterior, la mujer ha sido caracterizada con una idea de pasividad en el ámbito sexual, con baja iniciativa e interés hacia ese ámbito, por lo que, bajo estas premisas, la masturbación no formaría de ninguna manera, parte de la sexualidad de las mujeres, al igual que como afirma la entrevistada. No habría espacio para que ellas mismas buscarán y se desarrollaran en su propio goce.

Por otro lado, una segunda idea que desarrollan las entrevistadas es que la masturbación se realiza por la ausencia de una pareja, porque se sienten solos/as. Una cita que refleja de manera clara esta concepción señala:

(...) Encuentro que de cierta manera [la masturbación] una vez terminado es más triste que placentera... es como un encuentro con la soledad (Miriam, 75 años, separada).

La percepción de Miriam respecto a la masturbación es muy reveladora, ya que tensiona las nociones de sexualidad positiva vinculada a esta práctica. Principalmente se ha escrito sobre la masturbación desde un enfoque que intenta desmitificar y apartar la idea tabú de esta práctica, incentivando y promoviéndola como un método válido y legítimo para obtener placer; el cual según expertos tiene muchos efectos beneficios y provechosos para la salud de las personas (Balarezo, G. 2014). Sin embargo, esta idea es puesta en jaque por la entrevistada, ya que, para ella, el autoerotismo no es ni satisfactorio ni favorable, lo conecta con sensaciones de soledad y angustia, por lo que, al contrario, no fomenta una mejor salud de tipo mental. Ya que sería la circunstancia que evidencia lo sola que se encuentran y se sienten las personas.

Por último, las entrevistadas validan y legitiman esta práctica de búsqueda del auto-placer, pero tienden a clasificarla en un nivel inferior que los encuentros en compañía. Lo que demuestra lo importante que es la idea de la actividad sexual como un acto en pareja. Dialogando con la teoría sobre el sistema jerárquico de valores sexuales que plantea Rubin

(1989), se observa que la sexualidad como la desarrollan las mujeres adultas mayores va en concordancia con lo que señala la autora. Lo anterior, en el sentido de que existe un orden jerárquico de las sexualidades, en donde las relaciones en pareja estarían dentro de los requisitos fundamentales para una buena sexualidad y se encontraría en la cúspide, mientras que la masturbación hasta cierto punto permanecería como la idea de que es un sustituto inferior a los encuentros en compañía, por lo que se encuentran en un nivel más bajo.

6.1.3 La sexualidad como propia de la naturaleza y de la biología

En los relatos de las mujeres adultas mayores se pudo notar que existe una noción de la sexualidad muy permeada por una idea biologicista, señalan que es algo biológico-natural que forma parte de todos los seres vivos. Poseen la idea de que las prácticas sexuales más que algo cultural, más allá de todos los significados que las personas les adjudican, son parte del instinto natural propio del mundo animal.

En esta noción biologicista la mayoría de las entrevistadas señalan que la vida sexual es parte del ciclo vital de los seres humanos, pero que se expresa principalmente en la etapa reproductiva. En el pasado, cuando no existían los métodos anticonceptivos, la actividad sexual y la reproducción estaban sumamente vinculadas, ya que, en la mayoría de los encuentros sexuales en parejas heterosexuales tenían la posibilidad de ser instancias de procreación. Sin embargo, con las nuevas tecnologías y la creación de diversos métodos anticonceptivos, la noción reproductiva se fue apartando de la sexualidad. No obstante, el peso que tuvo esa relación sigue presente hoy en día. Algunas de las entrevistadas poseen la creencia de que la sexualidad es una práctica reproductiva, o propia de la etapa fértil de las personas, al menos de manera racional, ya que en la praxis siguieron teniendo actividad sexual después de su época de fecundidad.

La participante Juana mostró que tenía arraigada esta creencia, especialmente por su historia de vida. Ella contó que en su juventud tuvo mucho miedo de ser madre soltera como lo fue su madre. Su madre se emparejó con un hombre -el cual fue el padrastro de Juana-, el cual no fue una figura paterna ni una persona cariñosa con la entrevistada, todo lo contrario, fue sumamente violento tanto con su madre como con sus hermanos/as y con ella. Juana no quería repetir la historia, por lo que para ella era sumamente importante empezar su vida sexual cuando tuviera una pareja estable, un marido, ya que, si quedaba embarazada sus

hijos/as iban a tener un padre como corresponde. En esa época, en la cual existía un escaso conocimiento de métodos anticonceptivos y por lo tabú de la sexualidad, se esperaba que el imaginario reproductivo permeara de gran manera la idea de la sexualidad, sin embargo, actualmente la entrevistada seguía concibiendo estos dos momentos como uno mismo:

Yo creo que ha sido buena [su vida sexual] jaja si porque 4 hijos imagínate (Juana, 80 años, casada).

[La actividad sexual es] para tener hijos digo yo jaja (Juana, 80 años, casada).

Por lo tanto, al contrario de casi todas las otras entrevistadas, se observa en ella una idea de la sexualidad muy apegada al ámbito reproductivo. La participante no desarrolla los tópicos de la entrevista con gran profundidad, lo que puede estar dado por dos razones, tanto por una incomodidad en responder este tipo de preguntas íntimas, como por ser una persona poco reflexiva y analítica en torno a su propia vida sexual. Se piensa que esto último puede estar dado por su contexto socioeconómico como por su carencia de educación escolar, ya que, como señala Freixas (2018) este tipo de características puede influir de gran manera en la forma en que viven y conciben la sexualidad las mujeres mayores.

Analizando la noción de la sexualidad como propia de la naturaleza, las entrevistadas muestran una idea de la sexualidad centrada en la juventud justificada en la noción reproductiva, por los cambios biológicos que existen en esa etapa de la vida:

Creo que cuando esta joven, estas biológicamente para procrear, y la procreación si tú la vez, hay una época que, que hasta los animalitos se visten, las plumitas, se arreglan que se yo, porque es la época en que te engalanas para atraer al sexo opuesto (Iris, 85 años, casada).

La cita anterior, va muy de la mano con la creencia que vincula la belleza juvenil con el atractivo y las prácticas sexuales (Freixas, 2018), comprendida desde una noción que pone énfasis en una mirada biológica-reproductiva como en un foco en la juventud, dando a entender que la expresión de la sexualidad sería propia de este grupo etario.

Por lo tanto, las entrevistadas señalan que la etapa de la juventud es donde florece y se desenvuelven las personas como seres sexuales. Al dialogar con Duarte (2016) sobre esta idea, el autor da a entender que esta noción -que poseen las mujeres adultas mayores- es profundamente adultocentrista desde una dimensión corporal-sexual, ya que desde un carácter sistémico y estructural se gestiona el deseo y la sexualidad de los/as jóvenes, vinculándola hacia la procreación, y no como un deseo libre en sí mismo. Existe una idea de direccionar los deseos libidinales de los jóvenes, castrando sus verdaderos anhelos, y teniéndolos impuestos por el dominio de la adultez.

Es interesante, el hecho de que, a pesar de que las entrevistadas posean una idea de la sexualidad muy vinculada a la juventud, por la existencia de una maduración sexual y orgánica en esa etapa; señalan que no es el único periodo donde se desenvuelven sexualmente. Relatan que la expresión de la sexualidad forma parte del ciclo de la vida de todas las personas, pero que se va transformando, no siempre se siente igual. Las participantes realizaron comparaciones entre la forma en que se desenvolvían sexualmente en la juventud y en la vejez, y señalaron que la han experimentado y sentido de manera diferente dependiendo de cada etapa de la vida:

La sexualidad se va sintiendo de otra forma, de otra forma, ya no se siente la sexualidad primigenia de reproducción, después vas sintiendo otro tipo de atracción (Iris, 85 años, casada).

Todas las entrevistadas dan a entender que la forma en que viven la sexualidad se va modificando con el paso del tiempo, sin embargo, hay algunas que señalan que en este recorrido vital, la sexualidad se va marchitando, va decayendo. Otras en cambio, relatan que es un proceso oscilante y que la edad no marcaría la calidad de la relación. Por otro lado, también algunas señalan que su mejor periodo sexual ha sido en la vejez³. Esta última idea sobre como conciben la sexualidad las mujeres adultas mayores se encuentra en concordancia con lo que expone Freixas (2018) sobre que la sexualidad en esta etapa de la vida es sumamente placentera y liberadora para muchas mujeres, ya que -por ejemplo- no existe la presión ni la preocupación de quedar embarazada.

³ Se desarrolla en mayor profundidad esta idea en el apartado 6.3 “Explorando las características del proceso de envejecer que influyen en la vida sexual”.

Por último, esta idea natural y reproductiva se encuentra muy vinculada a la noción heterosexual de la sexualidad. Algunas de las adultas mayores dan por sentado que las relaciones son entre un hombre y una mujer -como se puede apreciar en algunas de las citas expuestas-, justificado por una noción reproductiva-religiosa de la sexualidad. Sin embargo, también hay participantes que indican que lo propio de la sexualidad es el fruto que te otorga, es decir la descendencia, poder tener hijos y crear familia, lo cual te lo permite un vínculo cis-heterosexual:

Creo yo que hay frustración en la misma homosexualidad, en el lesbianismo porque no ven frutos de ese amor. No hay frutos de la unión (...), ¿por qué están los hombres queriendo adoptar hijos? porque ve que de esa relación no hay un fruto, por que quedan en el goce, pero el goce se va, y a uno le quedan ustedes (Elvira, 87 años, viuda).

Nuevamente, al deliberar con Rubin (1989) y su idea de las jerarquías de la sexualidad, se observa que, la sexualidad ‘buena’, ‘normal’ y ‘natural’ sería idealmente heterosexual, marital, monógama, reproductiva; y cualquier sexo que viole estas reglas, por ejemplo, las relaciones entre personas del mismo sexo, sería ‘malo’, ‘anormal’ y ‘antinatural’. Se han establecido los cuerpos heterosexuales como pre culturales, propios de la naturaleza, por lo que son exclusivos de la correcta sexualidad, en especial por su potencial procreador. Por lo que, desde esta razón como señala Elvira, las prácticas sexuales entre personas heterosexuales se encuentran en un nivel superior.

Sin embargo, desde esta misma justificación de la sexualidad heterosexual como natural y universal; una de las entrevistadas señala de igual manera que, la homosexualidad es totalmente normal ya que pertenece y se expresa en el mundo de la naturaleza:

Creo que la homosexualidad es natural, también el lesbianismo, porque la homosexualidad siempre ha existido (...) puedes tener relaciones del mismo sexo, yo eso lo entiendo perfectamente y me he sentido atraída por mujeres (Iris, 86 años, casada).

Por tanto, es interesante que, desde la misma justificación de diferenciar las orientaciones hetero y homosexuales, es decir desde la mirada de que la última es antinatural, otras de las

participantes validan las relaciones entre personas del mismo sexo a través del mismo razonamiento. Considerándolas como orientaciones y prácticas válidas ya que son parte de la naturaleza.

6.1.4 Las prácticas sexuales como placer

Por último, las mujeres adultas mayores significan la sexualidad como una práctica placentera. Ellas desarrollan este término y señalan que para ellas es un momento de goce y satisfacción, son instantes sublimes.

Lo comprenden como algo muy bello, un arte, el cual es armoniosos y placentero; además lo conciben como una entrega hacia el goce:

Beeeeello, lo más lindo que puede haber en la vida, ¡porque aaay! tú te sueltas, te entregas al amor, te entregas al sexo, pero te entregas con toda la cosa habida y por haber, o sea... no, para mí el sexo no es cosa de que esto no se puede hacer, esto tampoco, esto tampoco. ¡Mentira! ¡Se puede hacer de todo! porque también hay un poco de... quién está haciendo asado jaja. Dentro de una pareja no puede haber limitaciones en el sexo, no, no, no para nada (Ana, 79 años, emparejada).

La cita muestra una idea de la sexualidad sin ataduras ni prohibiciones, la misma entrevistada señala que en estas prácticas no hay espacio para los tabúes. Ella propone que lo que está en juego en el acto sexual, es el placer mutuo, ya que eso es lo esencial, lo nuclear de los encuentros sexuales.

También, las participantes hablan del orgasmo, y de lo relevante que es en estos encuentros. Algunas relatan que lo han sentido muy pocas veces y otras que era la tónica en sus relaciones sexuales. Una de las entrevistadas comparte qué significa para ella ese momento cúlmine:

Esa cosa de que te llena y te llena todo, que es una cosa que te trasladaba, que te llega a veces a desmayarte de placer (Iris, 85 años, casada).

Se vislumbra que, para las entrevistadas, en la teoría las prácticas sexuales son y deben ser actos placenteros, sin embargo, en sus relatos se muestra que esta idea no se ve permeada siempre en sus actividades sexuales, ya que muchas de ellas han vivido momentos poco agradables. Hay participantes que señalan haber vivido situaciones traumáticas vinculadas a

la sexualidad, otras relatan que se han sentido presionadas para tener intimidad sexual, o que sentían que estos encuentros estaban únicamente centrados en el placer masculino.

Las entrevistadas dan a entender que el placer y el goce son sensaciones centrales en el momento de la intimidad sexual, sin embargo, señalan que históricamente ha estado centrado en la satisfacción del hombre, al punto que se ha interpretado la sexualidad femenina desde la perspectiva del varón, asumiendo, como señala Guasch (1993) que cosas son satisfactorias para las mujeres desde la posición del hombre.

Como que ellos se daban... como te digo, el placer más que a uno (Solange, 87 años, viuda).

Las mujeres mayores dan a entender que existe una desigualdad orgásmica y placentera dentro de los encuentros sexuales, señalan que les han enseñado que las prácticas sexuales son actos de entrega hacia el hombre. Las entrevistadas señalan que se les inculcó que la mujer tenía que acatar cuando su marido quería tener relaciones:

Es que siempre el varón yo pienso que tiene más necesidades, y ahí es donde escuche el otro día que [la mujer] si se negaba... que no tenían que negarse (Gloria, 85 años, viuda).

La mayoría de las entrevistadas señalan que se les fue instruida de esa manera la sexualidad, desde un foco de complacer al marido. Como señala Bourdieu (2000) las mujeres han sido socializadas como seres para los otros, para satisfacer a los hombres. Sin embargo, casi todas las entrevistadas han cuestionado y critican esta noción androcentrista, a excepción de Gloria, quien -como ya se señaló- es evangélica, y sigue pensando desde esa concepción la vida y la misma sexualidad.

Por lo anteriormente desarrollado, se muestra que las mujeres adultas mayores poseen diferentes significados en torno a las prácticas sexuales, los cuales conviven entre ellos, siendo algunos hasta contradictorios (por ejemplo, concebirlas como propia de la juventud, pero a la vez teniendo actividad posterior a esta etapa). Además, se observa que la forma en que conciben la sexualidad no es estática ni cerrada, ellas dan a entender que ha ido mutando su forma de comprenderla con el paso de los años. Por último, se deja entrever que las

diferentes experiencias y trayectorias vitales de las mujeres adultas mayores, marcan y tienen un importante efecto en como las entrevistadas significan las prácticas sexuales.

6.2 Indagando en la valoración de su trayectoria sexual

Al realizar un análisis de las valoraciones que poseen las mujeres adultas mayores sobre su trayectoria de vida sexual, se puede observar que la manera en cómo la aprecian y sienten, obedece de gran forma al modo en que la significan. Por lo que, como aprecian y valoran su vida sexual va de la mano con los imaginarios y creencias que poseen de esta.

Este apartado está organizado en cinco partes: la primera se vincula con la idea de que la creación de una familia es la expresión de una buena sexualidad (tanto la posibilidad de tener pareja como de tener hijos/as). En la segunda parte se señala que lo distintivo de una buena vida sexual es tener encuentros placenteros. En la tercera se plantea que la diferencia de deseo sexual dentro de la pareja dificulta la calidad de la vida sexual. En el siguiente apartado se ahonda en los sucesos traumáticos que permean la valoración de la sexualidad de las entrevistadas. Por último, se plantea las valoraciones que existen sobre los primeros encuentros sexuales que tuvieron las mujeres adultas mayores y los que poseen en la actualidad.

6.2.1 La creación de una familia como expresión de una buena vida sexual

En este apartado se desarrolla primero la idea de la familia vinculada a la relación en pareja, y posteriormente a los/as hijos/as.

Como se señaló en el apartado anterior, las entrevistadas dan a entender, que el amor de la pareja es un requisito fundamental para una buena vida sexual, por lo que, al tener una relación afectiva, en la cual existe amor, cariño y afecto, se vuelve implícitamente valiosa.

Si como le digo yo, bien po, porque como uno quiere tanto a su esposo, la única persona que uno se entrega, en cuerpo y alma como se dice, por qué es la única persona, y como le digo yo el único que conocí, de esa manera fue mi esposo (Gloria, 85 años, viuda).

La cita da la impresión de que no es cuestionable la vida sexual en una relación rodeada de amor, ya que basta con el cariño que se tienen como pareja. A través del relato de la

entrevistada se vislumbra que este está envuelto de afecto, por lo que, sería inapropiado o desleal problematizar su vida sexual, ya que se les fue inculcado que, cuando hay amor dentro de un vínculo, todo sigue su buen camino, y se desarrolla de manera satisfactoria. De este modo, las otras esferas de la vida son permeadas por esta idea, por lo que, como existe amor en su relación, las otras dimensiones de su vínculo -en este caso la sexualidad- seguirán su cauce.

Por lo anterior, como señalan Freixas y Luque (2008) dentro de las creencias que existen en torno a la dimensión de la sexualidad de las personas, existe una correspondencia con la idea de amor. Esta unión entre estos dos conceptos se encuentra fuertemente arraigada en la sociedad en general y especialmente en el imaginario colectivo de las entrevistadas, ya que desde su juventud fueron educadas con esa idea de que, para vincularse sexualmente primero tiene que haber amor y un matrimonio de por medio.

Al analizar las valoraciones que le otorgan a su vida sexual las mujeres adultas mayores desde el foco de la descendencia, se observa que el hecho de tener hijos/as, nietos/as, es decir, la posibilidad de formar una familia es un signo para algunas de las entrevistadas de una buena vida sexual, lo cual se condice de gran manera con la noción reproductiva vista en el apartado anterior:

Yo creo que ha sido buena [su vida sexual] jaja si porque 4 hijos imagínate (Juana, 80 años, casada).

La cita vislumbra de manera explícita que una medida para evaluar la “calidad” de vida sexual es la cantidad de hijos/as que se tienen. En contraste, muchas de las otras entrevistadas desarrollan de manera menos evidente esta idea, pero dando a entender -de forma implícita- que consideran que tener hijos/as es un hito relevante para sus vidas y su propia felicidad.

Por lo que, se deja entrever que algunas de las participantes no valoran en sí mismo el propio acto sexual, sino que aprecian lo que produce, que es la creación de un hogar. La familia como pilar ha sido una idea inculcada de gran manera en los imaginarios de las mujeres adultas mayores, vinculando su felicidad y bienestar con la idea de ser madre:

Después hice tratamiento para tener hijos, tuve mi primer hijo, lo adorábamos; y después tuve otra niña de cada 2 años tuve hijas. Fueron 1 hombre y 2 mujeres,

éramos felices adorábamos a nuestros niños, ellos fueron mi mayor felicidad (Solange, 86 años, viuda).

Osorio (2008) señala que la transmisión de valores y prácticas culturales, marcan modelos de ser mujer, donde el estereotipo de mujer-madre tiene mucha importancia y se encuentra muy enlazado en esta generación. Esta creencia -la cual se ha vuelto una profecía autocumplida- deja entrever que la realización de la mujer está dada por su rol maternal, como se observa en algunas entrevistas.

6.2.2 El placer como lo distintivo de una buena vida sexual

Las mujeres adultas mayores vislumbran que un símbolo de una buena y valiosa sexualidad es la existencia de encuentros sexuales placenteros, los cuales las sumergen en un espacio-tiempo que las envuelve en sensaciones de goce, deleite y satisfacción. Algunas de las entrevistadas relatan que esta dimensión de las prácticas sexuales es muy importante para ellas, y lo vinculan directamente a la experiencia orgásmica. Una de ellas, en la entrevista menciona y describe cómo recuerda su primer orgasmo:

La primera vez que tuve un orgasmo fue maravilloso, al otro día encontraba el cielo más azul, las flores más lindas, todo más bello, y fue una cosa maravillosa. Es un despertar del mundo, te cambia (Iris, 85 años, casada).

Para ella, este episodio tuvo mucho significado e importancia para su vida sexual, marcando un antes y un después en esta dimensión de su vida. La entrevistada señala que recuerda nítidamente cuando lo experimentó ya que fue mucho después de su primera relación sexual. Por lo tanto, Iris da a entender que la actividad sexual y el placer orgásmico no siempre han ido de la mano en su historia de vida, sino que posteriormente a ser activa en este ámbito logró sentir ese tipo de placer. Por lo que, para la participante el orgasmo es un estímulo satisfactorio que aparece en ocasiones, y cuando ocurre la envuelve en goce.

Al contrario, la entrevistada Elvira, da a entender que las relaciones placenteras y sentir satisfacción orgásmica era la norma en su matrimonio, y fue un pilar fundamental para que su relación estuviera a flote y bien embarcada:

Con Francisco [su marido] estábamos generalmente 15 días separados, (...) entonces cada encuentro era como lunas de miel pa nosotros, eso ayudó mucho. Tuvimos una

muy buena conexión sexual, una muy, muy muy buena... muy plena. (...) siempre fue maravilloso, es que nosotros terminamos el acto sexual casi al mismo tiempo, siempre, siempre hubo un... ¿cómo se llama esto?... un orgasmo, siempre yo tuve orgasmos. Bueno, te puedo decir hasta contado con los dedos de la mano las veces que no hubo orgasmo, y que hubo que fingir orgasmos, 3, 2, 3 veces en 40 años... siempre llegábamos al orgasmo (...) por eso te digo yo que había mucha complementación entre nosotros (Elvira. 87 años, viuda).

Por lo tanto, el placer y como punto cúlmine el orgasmo, es señalado por las entrevistadas como algo de esencial importancia para la actividad sexual, dando a entender que el placer y la actividad sexual están totalmente vinculados.

Al analizar en profundidad la cita de Elvira, llama la atención que la entrevistada tuvo que fingir orgasmos. Se puede cuestionar y problematizar esa situación desde los estereotipos que existen en torno a los géneros, ya que este constructo ha definido roles que se le han sido asignados tanto a hombres como a mujeres de manera diferenciada; los cuales han ordenado y permeado todos los ámbitos de la vida. Por lo que, estos roles han consolidado comportamientos de cómo deben desenvolverse las personas según su género en la esfera de las relaciones sexuales.

Históricamente las relaciones sexuales para los varones han sido vistas como una prueba de su propia virilidad, teniendo que demostrar y constatar su estatus de hombre, vislumbrando que son personas deseables, rendidores y proveedores de placer (Téllez & Verdú, 2011). Por lo que, se puede pensar que Elvira disfrazó algunos de sus orgasmos para no cuestionar el rol no cumplido de su marido, y de esta manera, no poner en duda la posición de su esposo dentro de la estructura de poder del sistema sexo-género (Rubin, 1986).

Por lo anterior, al inmiscuirse en los roles de género que envuelven a las entrevistadas, se observa la idea de que las participantes tienen que complacer a su marido, por lo que, deben satisfacer las necesidades de ellos, de manera sumisa y obediente. Solange siente que en su matrimonio existe una coerción dentro del ámbito sexual, pero que se ejerce de manera pasiva:

No se fíjate, no, no bueno no todos fueron buenos porque a veces como que te obligaban mmm... no te obligan, pero como por obligación había que darle el gusto al marido, no que algo lo hicieras tú porque no siempre no sentías el placer, no siente uno el placer, ya lo único que quiere es que terminen luego para quedar libre de esto. Pero pocas veces uno sentía lo rico que era (Solange, 86 años, viuda).

La entrevistada muestra que existe una presión social, en la cual la mujer tiene que estar a merced de los deseos de su marido. Solange relataba que le inculcaron desde joven que tenía que mantener contento a su esposo para que no se fuera con otra mujer, por lo que, si el deseaba tener relaciones sexuales, había que atender su voluntad. Por consiguiente, sus relaciones sexuales no se desarrollaban de manera libre y voluntaria, sino que los encuentros sexuales eran un acuerdo tácito dentro del matrimonio, el cual sucede cuando el marido lo desea. Como señala Bourdieu (2000) se muestra que existe una dominación masculina, propia de una cultura patriarcal, en la cual el poder se encuentra en las manos de los varones, y de manera transversal son vistos como sujetos con mayor autoridad que las mujeres (Millet, 1995, en Osborne y Molina, 2008). Esto vislumbra, como señala Scott (1991), que las experiencias poseen una reflexión en torno al sistema ideológico que lo sostiene, en este caso el patriarcado.

Solange vislumbra que no tuvo una sexualidad placentera dentro de su matrimonio, sin embargo, eso no significó que no haya podido obtener placer de manera solitaria. La entrevistada relata que, cuando enviudó pudo desenvolverse dentro de este ámbito sin una presión masculina, teniendo el poder de su vida y en especial del ámbito de la sexualidad en sus propias manos. La participante reflexiona sobre esto y señala lo siguiente:

Lo que encuentro extraño que a veces si tú has tenido tu relación sola, te has masturbado que se yo y después piensas ¿y por qué tenía que estar con un hombre 30 años si lo puedes hacer sola? ¿porque tenías que esperar que el marido te de placer cuando también podrías hacerlo sola, y estar durante 50 años con el marido por obligación a veces? (Solange, 86 años, viuda).

La entrevistada da a entender que en su trayectoria de vida pudo cuestionar y reflexionar en torno a la calidad que tuvo para ella su vida sexual, y deja entrever que los roles de género

socialmente impuestos obstaculizaron su desenvolvimiento en la sexualidad. Esta última idea se vincula y dialoga con el análisis del siguiente subapartado.

6.2.3 El desigual deseo sexual dificulta la calidad de la vida sexual

Un tema que desarrollaron las entrevistadas, es que sentían que ellas tenían un deseo sexual, una libido diferente al de sus parejas, lo cual en ocasiones era problemático generando -como se observa en el apartado anterior- que se sintieran obligadas o presionadas para tener relaciones sexuales.

En la mayoría de los casos se relata que el deseo sexual de sus maridos era mucho mayor que el de ellas. Se cree que puede estar vinculado con la creencia de que todos los hombres tienen un profundo apetito sexual:

Porque los hombres están siempre dispuestos po, están siempre listos como los scouts, entonces ellos siempre quieren y donde sea no importa, aquí allá (Magdalena, 75 años, casada).

El imaginario que señala la cita estaba dentro de los relatos de la mayoría de las entrevistadas, empero, no es que las personas que formen parte del género femenino tengan menos deseo sexual, sino que desde jóvenes los hombres han tenido una mayor permisividad para actuar como agentes sexuales, en cambio, a las mujeres siempre se les fue negado responder a esta dimensión (Freixas, 2018). Las mujeres han interiorizado la idea de que el deseo sexual y la expresión de este es algo inapropiado dentro de sus roles de género:

Creo que... que me pasó más de alguna vez que yo tenía deseos de estar con Francisco y no me atrevía, no me atrevía porque pensaba que podía creer Francisco que yo era una fresca (Elvira, 87 años, viuda).

Esta cita muestra cómo las mismas mujeres adultas mayores incorporaron esta idea de que es inadecuado para ellas desenvolverse sexualmente y expresar de manera libre sus necesidades y deseos, pensando con temor que iban a ser catalogadas como sinvergüenzas, por lo tanto, incumpliendo su papel correspondiente de mujer en el ámbito sexual.

En la misma línea, Solange señaló que sentía que no se podía desenvolver libremente en su vida sexual dentro de su matrimonio, ya que, aunque ella expresara sus anhelos, se sentía de cierta manera cuestionada por su esposo:

(...) y si uno hacía por ejemplo una postura que él no la hubiera hecho te decía y tú cómo... ¿cómo sabes tú esto!?(Solange, 86 años, viuda).

Esta cita vislumbra que su marido consideraba el ámbito de la sexualidad territorio del hombre (Guasch, 1983), y polemizaba si ella participaba de manera más activa en esta esfera, ya que, dentro de los roles de género consideraba que el varón es quien es activo y propositivo sexualmente, mientras que la mujer es sumisa y dócil.

En este sentido, se muestra que, el hecho de que existan papeles sexuales obligatorios para cada género coarta la libertad de cada persona de buscar su propio desenvolvimiento en la sexualidad (Rubin, 1986). Lo cual genera que, aunque valoren de cierta manera como positiva su sexualidad, esta diferencia libidinal provoca trabas y dificulta una buena y cómoda experiencia sexual, ya que no se desarrolla de manera armoniosa ni libre.

Además, es interesante que muchas de las entrevistadas relatan que cuando no querían tener relaciones sexuales tenían que maniobraselas para evitarlas, hasta algunas tenían que inventar excusas. Por lo que, algunas de las entrevistadas valoran de gran manera haber sido transparentes con sus esposos, y decir que no cuando no querían tener intimidad sexual y sus maridos sí.

Pero yo nunca le dije al marido tengo dolor de cabeza para no tener relaciones, no me pasaba eso, no porque si no tenía deseo, no tenía ganas de tener relaciones y yo decía no, no quiero porque no me siento... estoy cansa hoy día no, no no lo voy a lograr. y el claro insistía y qué se yo, pero no eran tan majadero (Nora, 81 años, viuda).

Por lo tanto, el no tener en las mismas instancias el mismo deseo sexual que las parejas ha sido una problemática para algunas de las entrevistadas, teniendo que aprender a decir que no cuando no les apetece y a poner límites. Magdalena cuenta que en su relación impuso su ritmo y sus términos para tener actividad sexual. De esta manera logró sobrellevar esta situación de diferencia libidinal y desenvolverse sexualmente como a ella le acomodaba,

pudiendo expresar, ser escuchada y que su marido acepte la actividad sexual de la manera que a ella le apetece:

... yo no soy muy fanática, soy como más... tengo un ritmo, pero él se ha adaptado a mi ritmo te fijas (...) nosotros le hemos puesto a todo esto un cuento, o a lo mejor yo se lo puse y Raúl [su esposo] se metió y se adaptó en mi historia, porque los hombres están siempre dispuestos po (Magdalena, 75 años, casada).

El ponerse de acuerdo y dialogar sobre los anhelos, los deseos y los requerimientos para tener una satisfactoria vida sexual es en muchas parejas difícil, ya que muchas no hablan directamente sobre este tema o están cerrados a escuchar que necesita su cónyuge. Sin embargo, existen casos como el de Magdalena que demuestran que se pueden plantear opiniones y necesidades dentro de la relación, llegar a acuerdos y de esta manera sentirse cómoda y satisfecha con el vínculo en su vida sexual.

6.2.4 Vivencias sexuales como sucesos traumáticos y dolorosos

Por otro lado, algunas entrevistadas señalan que vivieron situaciones traumáticas y dolorosas dentro del ámbito sexual. La mayoría ha logrado sobrellevar estas fisuras dentro de su historia, sin embargo, han tenido un peso muy fuerte en su vida.

En el relato de una de las entrevistadas, cuando se le pregunta explícitamente sobre cómo valora su vida sexual, señala que aprecia el hecho de que su esposo no haya sido ni violento ni bruto con ella en ese ámbito:

jaja bien, fue como te dijera, no fue como otras personas que dicen que son muy así a lo... no, no él fue suave. siempre me decía, ya viejita.... bueno. así, pero no que llegaran y te pescaran (Juana, 80 años, casada).

La entrevistada valora su vida sexual desde la mirada de que ella no vivió violencia en su matrimonio, sino que se realizaba de manera dócil y con respeto hacia ella. Al analizar este foco que la participante pone en la no-dominación, se puede pensar que proviene desde su historia de vida, ya que Juana relata que en su infancia vivió con un padrastro muy transgresor, el cual la maltrataba a ella, a sus hermanos/as y a su madre; a tal punto que una vez en su infancia él intentó violarla. Ese episodio fue tan doloroso y fuerte para ella que tuvo por muchos años miedo a los hombres, por lo que desarrolló miedo a casarse e

involucrarse sexualmente. Por lo cual, el hecho de que su marido la respete y no la obligue ni la fuerce es algo que Juana valora de gran manera.

Dentro de esta misma línea, otra de las entrevistadas relata que vivió un evento muy traumático en su adolescencia, el cual fue ser violada por un amigo de su padre. Ella lo narra como un evento muy fuerte: cuenta que se escapó de la ciudad en la que vivía para alejarse de este recuerdo y de ese hombre. Además de esa dolorosa experiencia, relata que se casó, y al contrario de emparejarse con un hombre que la respetara, y que le diera contención, apoyo, seguridad y cariño, se unió en vida con un ser humano brutal. Cuenta que después de que su marido la conquistó, el mostró realmente cómo era su carácter y su forma de ser:

Lo fui conociendo y le fui teniendo miedo, ya era una cosa espantosa, era un hombre maltratador, pero hasta qué decir basta (Ana, 79 años, emparejada).

La trayectoria vital y los episodios traumáticos tienen muchas consecuencias en la manera en que valoran y se vinculan con la sexualidad, por lo que para la entrevistada esta esfera de su vida ha sido algo desfavorable y nocivo para su vida, que por mucho tiempo le generaba malos recuerdos. Sin embargo, Ana posteriormente a esas difíciles experiencias, se vuelve a emparejar con una persona, la cual ella señala que la ha hecho mirar la vida con otros ojos y vincularse con la sexualidad desde la otra vereda:

Antes mala [su vida sexual], ahora no, todo lo contrario. Nunca es tarde para conocer realmente gente que te llena de placer (Ana, 79 años, emparejada).

Otra entrevistada cuenta que a los cinco años abusaron de ella y que un hito dentro de su trayectoria de vida sexual fue haberlo conversado con sus amigas, ya que pudo tomar conciencia y saber que no es un hecho aislado, sino que muchas mujeres en diferentes etapas de la vida han sido forzadas a hacer actos de este tipo. Para ella, el haberlo compartido con sus amigas significó mucho:

Con mis amigas, si mira en la universidad como estábamos en un pensionado conversamos sabes un tema, un tema que fue, digamos me sirvió mucho, conversamos sobre los digamos... contactos sexuales que habíamos tenido de niñas y resulta que de un grupo de 5 ponte tú, no sé si una o dos no habían sido toqueteadas de pequeñas, y ponte tú, a mí me pasó (...). O sea, de esos que no te violan, pero te hacen tocarlo,

tocar los órganos sexuales, a mí me pasó también, a los 5 años, y después ya no pero, (...) pero es una edad muy delicada, queda, queda en la memoria me entiendes (Cecilia, 80 años, emparejada).

Al dialogar con la autora Mackinon (1995), ella señala que, al hombre no le interesa la interacción sexual en condición de igualdad con la mujer, sino que es justamente el ámbito del dominio sobre la mujer lo que produce la excitación. Este planteamiento da luces de por qué las mujeres viven situaciones en que son vulneradas en su propia integridad por varones. Estos sucesos son marcas dentro de la historia de vida de las entrevistadas, las cuales, aunque los años pasen siguen pesando en su memoria.

6.2.5 Un balance entre los primeros encuentros sexuales y los que poseen en la actualidad

En este apartado se muestran las valoraciones que poseen las mujeres adultas mayores, tanto en sus primeros encuentros sexuales como los que tienen en la actualidad.

Al realizar un análisis de los primeros encuentros sexuales que tuvieron las mujeres adultas mayores con sus respectivos novios o maridos y, al vincular estas experiencias con la idea centrada en la juventud que poseen las entrevistadas sobre la vida sexual, se puede observar que existen ciertas contradicciones entre el discurso y las propias vivencias que tuvieron las entrevistadas.

Lo anterior es interesante, ya que teóricamente las entrevistadas conciben que la sexualidad es propia de la juventud, sin embargo, al indagar en sus valoraciones en esa etapa, uno puede observar que fue un periodo en muchos casos desagradable e incómodo en temas vinculados a su vida sexual. La mayoría señala que sus primeros acercamientos no fueron buenos, dado que no sabían a que se enfrentaban. Se sentían muy perdidas producto de una nula educación sexual ya que era considerada como algo tabú y prohibido en la sociedad.

Las entrevistadas señalan que los primeros encuentros sexuales que tuvieron se alejaron profundamente de la idea de que son prácticas placenteras, generándoles principalmente sensaciones de malestar:

La primera relación fue dolorosa, porque yo ya tenía 29 años y... Francisco ya tenía muchas relaciones antes con otras pericas (...) la primera relación no fue traumática, fue dolorosa, pero no traumática (Elvira, 87 años, viuda).

Otras de las participantes señalaban que sintieron arrepentimiento después de haber tenido sus primeros encuentros sexuales, o haber sentido que era un deber por el vínculo afectivo que tenían con su pareja. Una de las entrevistadas relata que a ella le costó mucho tener su primera relación sexual ya que le daba terror:

Vinimos a tener nuestra primera relación como 15 días después de casados, no, yo tenía pánico, no porque no supiera, no porque... era como no sé qué me pasaba, pero yo no quería. Yo decía voy a sangrar un montón que terrible, (...) yo pensaba uuuu voy a sudar terrible, terrible y eso me daba pánico, yo decía, pero como no, no, no mejor que no. Y bueno así estuvimos como 15 días que no me atrevía, no me atrevía y me fui atreviendo desde muy poquito (Magdalena, 75 años, casada).

Por lo tanto, se muestra que las entrevistadas no sienten que tuvieron buenas experiencias en sus primeros acercamientos a la sexualidad, se sintieron ajenas, temerosas y sufrieron de dolor e incomodidad. Aun así, igualmente tienen la creencia de que en la juventud era la mejor etapa para tener una satisfactoria vida sexual.

Al realizar una comparación y poner el foco en la vida sexual que poseen actualmente las entrevistadas, se puede notar que la forma en que la experimentan varía según si tienen -o no- una pareja en su vida amorosa.

Por un lado, las entrevistadas sin pareja dan a entender que no tienen como valorar su vida sexual en la actualidad ya que no son activas sexualmente. De manera transversal señalan que no es algo indispensable en su vida. Aunque, algunas de las participantes dan a entender que les hubiera gustado tener una pareja, sin embargo, señalan que es muy difícil acceder a nuevas redes y conocer a un futuro pretendiente. En cambio, otras señalan que jamás pensaron tener otra pareja que no fuera su marido, ya que su vida en su matrimonio fue demasiado plena para pensar en otro hombre. Al abordar el tema de la masturbación, la entrevistada Solange señaló -como se observa en el apartado anterior- que la sexualidad de manera solitaria es una forma válida, legítima y satisfactoria con la cual se puede tener

autoplacer, y que el haber estado viuda treinta y dos años, le dio la posibilidad de conocer más su propia dimensión corporal-sexual, valorándola de buena manera.

Por otro lado, las entrevistadas emparejadas vislumbran una mayor diversificación de sus valoraciones de la sexualidad en la actualidad. Dos de las entrevistadas casadas aprecian de manera muy parecida su sexualidad a las participantes no emparejadas, sienten que no tienen mucho que decir en este tema, ya que es una dimensión de sus vidas que se encuentra cerrada. Por lo que no la valoran ni de buena ni de mala forma.

Entonces, en ese sentido yo tengo una vejez bien placentera, (..) salgo, tomo mis tragos, ahora tomo menos, porque dejó de agrardarme tal como el sexo jajaja dejó de ser central en un momento, (...) y de pronto ya eso como que ya ni fuera importante en la vida (Iris, 85 años, casada).

Iris da a entender que ella vive una vida satisfactoria dentro de todo, empero sin un desenvolvimiento de la sexualidad ya que, a ella no le interesa ni le apetece. Señala que en el trayecto de su vida se fue desarrollando de diferente manera en su vida sexual, teniendo momentos de mayor fogosidad, deseo sexual y placer; y otros -como hoy en día- en donde es una dimensión irrelevante y sin importancia para su calidad vida.

En cambio, Magdalena, una de las entrevistadas casadas señaló que para ella su vida sexual en la actualidad es igual de satisfactoria que en años anteriores, ya que se siguen deseando y buscando sexualmente con su marido. El hecho de que la entrevistada haya puesto en su pasado términos y condiciones en esta dimensión con su esposo, tiene como efecto que, en la actualidad conozcan los límites del otro para poder desenvolverse de manera cómoda y placentera en este ámbito. Igualmente, ella señala que hoy en día su vida sexual no forma parte de sus preocupaciones, sin embargo, la vive de manera -en palabras de ella- natural, dejándola fluir, sin ninguna otra meta que no sea pasarla bien y tener una instancia grata. La entrevistada vislumbra que ha sentido cambios en sus prácticas sexuales, por ejemplo, en la frecuencia, sin embargo, otras cosas han perdurado, como el deseo por el otro:

Nuestra intimidad se sigue manifestando, como te digo yo, el ritmo no es el mismo, pero nuestra intimidad se sigue manifestando, y nos gusta estar acercándonos sexualmente (Magdalena, 75 años casada).

Por último, las dos entrevistadas emparejadas vislumbran que su vida sexual en la vejez ha sido sumamente satisfactoria, en comparación con su trayectoria sexual previa, por lo que la valoran de manera positiva:

Yo puedo decir que después de los 60 [años] conocí la sexualidad (Cecilia, 80 años, emparejada).

Las dos entrevistadas después de sus antiguos matrimonios, conocieron a sus parejas actuales, las cuales las complacen. Además, relatan que no tener tabúes, ni creencias limitantes en el ámbito sexual las han hecho desenvolverse de buena forma en este ámbito. Por lo tanto, señalan que no juzgarse y la forma de ser de sus parejas han sido dos elementos claves para valorar de manera positiva su sexualidad hoy en día.

Tenemos una vida sexual plena, pero plena, plena. No hay nada de lo que digamos ¡Ay! es que eso no se puede hacer, no esto no, (...) lo paso tan bien, si los dos estamos en las mismas (Ana, 79 años, emparejada).

Por lo desarrollado, se puede vislumbrar que existen diferentes elementos que dan forma a la manera en que las mujeres adultas mayores valoran su vida sexual. Se observó que ciertas creencias que poseen de manera arraigada las hacen apreciar su vida sexual de una u otra forma. También, se pudo notar que las trayectorias de vida personales, tanto hitos como procesos que vivieron, fueron fundamentales para las entrevistadas para comprender cómo se han desenvuelto en este ámbito. Las participantes muestran que, según diferentes etapas y episodios que vivieron, fueron valorando de distintas maneras su vida sexual.

Además, algunas revelan que han sido sujetas muy reflexivas en torno a este tema, en especial de su propia experiencia, por lo que realizaban un análisis desde su misma historia y vivencias en torno a su propia vida sexual. En cambio, otras entrevistadas muestran un menor cuestionamiento de esta dimensión, dejándola fluir y dando a entender que no es un tema ni de interés ni de preocupación para ellas.

6.3 Explorando las características del proceso de envejecer que influyen en la vida sexual

En este apartado se realiza un análisis sobre los rasgos del proceso de envejecimiento que han influido en la vida sexual de las mujeres adultas mayores. Para esto, se dividió en dos partes los resultados. En la primera se desarrollan los rasgos personales de las entrevistadas que repercuten en su desenvolvimiento en la vida sexual. Mientras que, en la segunda parte, se desarrollan los rasgos vinculados a otros, específicamente a las parejas de las participantes.

6.3.1 Rasgos personales

En las entrevistas se dialogó con las participantes sobre los cambios físicos que percibieron en el proceso de envejecer y cómo afectaron en su desenvolvimiento en la sexualidad. Al indagar en los cambios de tipo estético, las entrevistadas señalan que reconocen que han envejecido y que lo notan en su físico, por ejemplo, que su pelo es distinto, su cutis ha cambiado y ahora se sienten y saben que tienen una piel con más arrugas. Señalan que, en temas del físico, las personas tienden a fijarse más en el cuerpo de otros que en el propio, dicen que uno tiende a estar más pendientes de los demás, por lo que cuesta identificar las propias transformaciones que uno/a va teniendo, ya que -en el caso de ellas- se sienten igual que hace algunos años.

Al dialogar con Freixas (2018), uno de los argumentos que propone es que existe una relación muy fuerte entre la belleza juvenil, con el atractivo y las prácticas sexuales, lo que provoca en las mujeres adultas mayores un rechazo hacia su corporalidad no hegemónica, sintiéndose como personas inadecuadas para tener deseos y vida sexual. Sin embargo, esta idea no se ve evidenciada en las entrevistas de manera explícita, como un factor gatillante en su vida sexual en la vejez.

Al indagar en las entrevistas sobre los cambios físicos de tipo funcional que han tenido las mujeres adultas mayores en el proceso de envejecer, ellas señalan que en el último periodo de su vida han sentido transformaciones de este tipo y les han generado ciertas complicaciones. Las participantes relatan que, de cierto modo, estos cambios les han causado

consecuencias en su vida sexual; por ejemplo, Juana cuenta que estas variaciones le han provocado algunas dificultades, sintiéndose más débil y desganada:

Sí, yo creo que sí [existen cambios que dificultaron su vida sexual], (...) como cuando él quiere no me excito, estoy cansá (Juana, 80 años, casada).

La entrevistada señala que, además de sentirse cansada, no se excita, lo cual está muy vinculado al concepto de deseo sexual. Por lo que relata Juana, se piensa que posee una falta de deseo, ya que ella expresa que no tiene una motivación o un interés en el ámbito erótico-sexual. Otras de las participantes hablan y desarrollan en profundidad este tema, y señalan que, dentro de los cambios que se produce en la vejez uno de ellos es en el deseo sexual, el cual con los años desaparece:

Creo que a medida que van pasando los años hija mía, el deseo... todo va muriendo en la vida (...) yo creo que ya todo en el ser humano va bajando su intensidad, hasta el mismo deseo que tú no puedes concebir (Elvira, 87 años, viuda).

Mira, tienes que saber tú que con la edad baja la libido y no se sienten esas (...) yo creo que después de los sesenta, después de los sesenta bajo mucho, mucho, mucho (Nora, 81 años, viuda).

Por lo tanto, estas entrevistadas señalan que a medida que pasan los años, el deseo sexual se va terminando. Esta idea va muy de la mano con la creencia popular de que, con la menopausia las mujeres pierden su deseo sexual (Freixas, 2018). En contraste a esta idea, hay entrevistadas que señalan que su deseo sexual en el proceso de envejecer no ha mutado de manera significativa, y se encuentra totalmente vivo y activo:

Nunca he perdido el deseo de tener a alguien que me satisfaga, porque las otras parejas que tenía eran como aquí estoy y chao, en cambio acá no, acá es otra cosa. Nosotros estamos horas, horas, hora y más horas, y horas teniendo relaciones. No dormimos en la noche. Pa que le digo yo, ¡Para qué vamos a dormir! (Ana, 79 años, emparejada).

Ana señala que el proceso de envejecer no ha tenido efecto en su deseo sexual, sino que su desenvolvimiento en la sexualidad ha dependido mayormente en la personalidad y la forma de ser de su pareja. Por lo que, al igual que como señala Freixas (2018), la discusión del deseo sexual en este periodo de la vida debería estar menos centrada en la edad de las sujetas y más focalizada en la calidad de las relaciones que poseen.

En base a la literatura y la noción reproductiva de las entrevistadas sobre la sexualidad, se podría haber pensado y tenido como hipótesis que, en el momento en el que les llegará la menopausia, repercutiría en ellas una serie de mitos y creencias vinculadas a este cambio biológico, los cuales iban a tener consecuencias en la forma en que se desenvolvían sexualmente, por ejemplo, viéndose disminuido su deseo como sus prácticas sexuales. Sin embargo, las entrevistadas relatan que no tenían preconociones sobre la llegada de la menopausia, es decir, no tenían ideas respecto a que fuera tanto un marcador del fin de su periodo de fertilidad, como de su vida sexual.

Sobre lo anterior, la entrevistada Iris da a entender que los cambios hormonales tienen mucha influencia en las transformaciones de la vida sexual en la vejez. Sin embargo, ella no los relaciona directamente con la menopausia, ya que, en su experiencia personal, se realizó terapia hormonal, por lo que siente que su vida sexual se transformó cuando detuvo su tratamiento:

No me vengas con cosas porque parte de la sexualidad es hormonal, se acaban las hormonas y se acaban la sexualidad de eso de tener sexo de penetración, se acaba por que se acaba el deseo (...) la gente que sigue con la sexualidad puede seguir tomando hormonas, pero no es lo mismo (Iris, 85 años, casada).

Por lo anterior, la entrevistada da a entender que la forma de desenvolverse en la vida sexual está fuertemente influenciada por causas biológicas, en tanto señala en base a su propia experiencia, que los componentes hormonales tuvieron fuertes repercusiones en cómo vivía esta dimensión de su vida.

También, las entrevistadas relatan que su interés por su vida sexual ha mutado por los cambios de pensamiento que han tenido en este periodo de vida, por ejemplo, tener otras

preocupaciones y prioridades. Señalan que, la importancia por la dimensión sexual de su vida se ha ido acabando, y han ido surgiendo otras cosas que merecen mayor atención:

Yo pienso que uno empieza a pensar en otras cosas... tomar la vida de otra manera... tener otras prioridades (Miriam, 75 años, separada).

El envejecer te va quitando como diría yo... vas mirando la vida de otra manera, el sexo no tiene ese lugar central que tenía cuando estamos joven, cuando estamos jóvenes el sexo es muy centra en la vida, es bien definitorio de muchas cosas, pero cambia, la manera de verlo. (...) La sexualidad va cambiando porque tus metas van cambiando también, tus metas ya como que no es llegar y pasarla bien y tener sexo, (...) es una cosa que va cambiando, pero paulatinamente, de apoco te empiezan a interesar otras cosas (Iris, 85 años, casada).

6.3.2 Rasgos vinculados a otro

Las entrevistadas vislumbran rasgos del proceso de envejecimiento que han influido en su sexualidad desde un foco externo a ellas, en el cual centran sus variaciones en relación con sus parejas.

Las participantes relatan que algunos cambios que han influido en su sexualidad se han dado por el envejecimiento de su pareja, por lo que, como conciben la sexualidad en compañía, las transformaciones que vive su pareja repercuten directamente en ellas. Por ejemplo, una de las entrevistadas cuenta que en el proceso de envejecer han existido cambios físicos, sin embargo, al indagar en esos cambios, la participante señala e indica transformaciones que ha tenido su pareja:

Ponte tú estamos juntos y nos acercamos y yo le digo pa empezar así tiene que ser 2 veces a la semana jajaja si no nos vamos a agotar. Ahora... por supuesto que hay cambios físicos. (...) El cambio, por ejemplo... es la erección, tú sabes, hay erección en un comienzo de la estimulación. (...) La erección se produce, pero poco al comienzo, después ya no (Cecilia, 80 años emparejada).

En la cita se observa claramente cómo los cambios que posee su pareja tienen consecuencias en la vida sexual de Cecilia, ya que la viven de manera conjunta.

En contraste con las experiencias de las personas viudas, la pérdida de la pareja es un hecho que afecta completamente sus vivencias sexuales, comprendiéndolas con la complejidad que ellas le otorgan. Es decir, con la pérdida de su esposo se termina la compañía, los afectos, la ternura, las caricias y el placer generado con y por otra persona, la cual aman y aprecian. En el caso de estas entrevistadas, la pérdida de este ser querido marca un antes y un después, ya que sus maridos fueron sus únicas parejas con las que se desarrollaron en esta dimensión de su vida.

Osorio (2007) señala que, para algunas mujeres adultas mayores, la viudez puede llegar a ser una verdadera liberación y marcar un cambio significativo en la construcción de su ser-mujer-mayor. Esta idea es expresada por una de las participantes en la entrevista:

[Mis amigas] la mayoría somos viudas contentas porque no tenemos que preocuparnos de los maridos, podemos hacer lo que queremos, y bueno y si tienes ganas de tener algún momento de placidez también te puedes masturbar y lo puedes hacer tranquila, no tienes por qué estar diciéndolo a todo el mundo y todas las mujeres... y las amigas que tengo, muchas sufren que están sin su marido, que están con depresión, pero no se dan cuenta que el marido también habría envejecido y tendrían que estarlo atendiendo porque se enferman tanto (Solange, 86 años, viuda).

Por tanto, la entrevistada señala que, al enviudar, pudo despojarse de sus papeles de esposa y cuidadora, que muchas mujeres poseen durante años si sus parejas están enfermas (como fue el caso de ella).

Además, Solange señala, ya 30 años después de la muerte de su marido, que le hubiera gustado haberse emparejado con otra persona, sin embargo, antes sentía una presión por permanecer de luto, ya que percibía que las otras personas la iban a juzgar. Hoy en día, al cuestionárselo siente que ya es muy tarde para tener una pareja. Sobre este tema, Elvira señala que, encontrar una pareja a esta edad solo traería problemas:

E: no, no, no, yo creo que todas las mujeres te han dicho, no ya esta altura, no... ¿tú te hubieras casado cuando tenías ochenta años?... pa sacar un viejo a mear te hubiera dicho al tiro, o sea no se te ocurre, primer lugar ese hombre tendría que haber tenido unos 84 años, se tira un peo, imagínate, ensucia los calzoncillos con caca, y más encima, lo tengo que sacar a mear a un viejo de mierda (Elvira, 87 años, viuda).

En la cita se observa que, ante una posible futura pareja de su misma edad, es decir una persona con más de 80 años, la entrevistada -de manera histriónica- señala que percibe a los hombres como poco autónomos, por lo que habría que ser cuidadoras de ellos. Y para las entrevistadas viudas, la labor de estar sirviendo a un hombre y cumplir el rol de esposa ya lo dan como una página pasada.

Miriam, es la única de las entrevistadas sin pareja que no enviudó. Ella se casó dos veces, y posteriormente tuvo parejas esporádicas. Cuenta que hace más de 10 años que no tiene encuentros amorosos y señala que, hoy en día -aunque no tiene la intención- no sabría dónde encontrar una pareja, lo considera muy difícil a esta edad. Ella relata que tiene nostalgia y anhela los vínculos afectivos:

La afectividad sería bonita, pero yo creo que, sin pareja, sin pareja y ya a esta edad es bien difícil, no, no sé tener un amante no me veo... (...) si encontrara no sé... un hombre cariñoso, simpático no sé qué que, capaz jajaj, capaz que volvería a tener... no tengo todo cerrado (Miriam, 75 años, separada).

Por otro lado, las personas que se encuentran emparejadas actualmente señalan que las ganas de estar acompañadas permanecen, sin embargo, la actividad sexual como tal se fue transformando. Dos de las entrevistadas casadas sienten que su vida sexual -la cual es única y exclusivamente con sus parejas- ya no es la misma que antes, se transformó:

Mmm... cambió... no sé, no no, no sé... nunca... algunas veces me he preguntado, pero no... además que es diabético, entonces... (...) No sé la verdad [que cosas cambiaron], para que te voy a decir una mentira no sé (Juana, 80 años, casada).

Juana logra identificar que su vida sexual cambió en su proceso de envejecimiento, sin embargo, no profundiza en qué situaciones o que elementos variaron. En contraste, la

entrevistada Iris vislumbra una mayor reflexión sobre los cambios que sintió vinculados a su vida sexual:

Lo fui notando paulatinamente que ya el sexo no tenía el mismo... no tenía la misma cosa placentera de transportarte a otras esferas. (...) La manera de sentirlo también, ya no es más sexualidad ligado al coito, es la sexualidad también ligada a todos los otros espacios que también han sido de alguna manera sexuales y a veces... tú puedes tener una especie de orgasmo mirando una puesta de sol, hay otras cosas que te producen placer de una manera profunda (Iris, 85 años, casada).

Iris señala que con el paso de los años ha cambiado la forma en que concibe y se desenvuelve en su vida sexual. Vislumbra que la centralidad en el acto coital se traslada a un segundo plano, siendo que en su pasado era una práctica con mayor relevancia en su relación. Relata que en este periodo de la vida valora y le generan satisfacción otros elementos, que en su anterioridad no apreciaba y no lograba contemplar.

En cambio, la actividad sexual nunca fue algo muy central en el transcurso de la vida de Magdalena, por lo que al igual que en toda su trayectoria, en su vejez se ha mantenido esta forma de desenvolverse sexualmente. La entrevistada señala que, lo más importante y valioso de su relación es el amor que se tienen con su marido, cómo ha persistido y se ha manifestado a lo largo de los años.

Mmm... mira yo siento que es tan espectacular lo que nos ha regalado la vida, que a mí la vida me regaló a Raúl y estamos juntos y salimos juntos y andamos de la mano pa qui y pa allá y nos abrazamos y nos besamos y hacemos el amor no con tanta frecuencia, pero... a veces sipo, y a veces estamos fogosos terribles, pero de repente no, pero como que no opaca ponte tú el hecho de estar juntos y tener la edad que tenemos y estar juntos, y estar contentos juntos (Magdalena, 75 años, casada).

La entrevistada pone el foco principalmente en la constancia del cariño y el amor que se tienen con su esposo y lo feliz que la hace estar junto a él. Para ella, los cambios que han tenido, como es una menor frecuencia en la actividad sexual, es algo secundario, lo sustancial sigue presente y manifestándose.

Investigadores/as como Herrera (2003) indican que, para las mujeres mayores el sexo está vinculado a la intimidad y el amor hacia su pareja, y que este acto es una expresión más del amor que se tienen. Por lo tanto, para las mujeres adultas mayores la dimensión afectiva es muy relevante tanto de manera general en sus vidas como en el mismo encuentro sexual. Cecilia manifiesta esta idea, ella pone énfasis en lo afectuosa y cariñosa que es su relación:

Yo creo que el amor que nos tenemos da vitalidad también, o sea cuando estoy sin él... y ahora que estamos más viejos, ya es un vacío (Cecilia, 80 años, emparejada).

Sin embargo, Cecilia también señala algo fundamental, lo cual es que, la forma en que las personas se desenvuelven sexualmente depende de múltiples componentes, y uno esencial tiene que ver con la forma de ser de la pareja que uno tiene.

Pero en cuanto a la sexualidad yo creo que es algo por supuesto de la pareja, o sea si no hay sintonía en la pareja y amor, me entiendes tú porque es amor, porque yo le hago cariño, lo beso, ¿me entiendes tú? Él me dice que me adora, entonces eso yo creo que no es fácil de que se dé, no sé tú lo averiguaras jaja, pero a mí me parece que como bióloga y todo que, que son muchos factores, muchos aspectos que tienen que complementarse (Cecilia, 80 años emparejada).

Cecilia, al contrario de otras entrevistadas, ha tenido más de una pareja -tanto afectiva como sexualmente hablando-, por lo que, desde su vivencia y al realizar un balance de sus experiencias, da a entender que es fundamental que la personalidad de su pareja sintonice con la forma de ser de ella. Y esto sin importar la edad, es algo transversal a todas las etapas de la vida. Esta idea es compartida por Ana, quien evidencia que su vida sexual cambió cuando conoció a su pareja actual, y que la forma de ser de él se complementa profundamente con la personalidad de la entrevistada.

Ana también relata que, en la etapa de la vejez los cambios que ha experimentado vinculados a la sexualidad han estado relacionados con una mayor liberación en este ámbito. Ella percibe que se encuentran en la misma sintonía con su pareja, ya que los dos están en búsqueda de experiencias placenteras. La participante relata que su relación actual es la única en donde ha

logrado sentirse plena sexualmente, por lo que, en su proceso de envejecer el cambio que ha identificado ha sido hacia un mayor goce dentro del ámbito sexual.

Sí...tenemos una vida sexual plena, pero plena, plena. No hay nada de lo que digamos hay es que eso no se puede hacer, no esto no. (...) Cuando uno se entrega al sexo, no hay, nada, nada, nada prohibido (Ana, 79 años, emparejada).

A través del análisis expuesto en este apartado, se puede concluir que la experiencia de envejecer vinculada a la sexualidad es sumamente diversa. Para algunas entrevistadas la sexualidad es una dimensión de su vida que se va cerrando y que -en algunos casos- ya terminó por cerrarse; vislumbrando que, tanto el deseo como la actividad sexual caducan a medida que el tiempo pasa, ya que los años no suceden en vano. Por otro lado, también es sentida por algunas entrevistadas como un continuo según cómo la han vivido a lo largo de su trayectoria vital. Por último, también se encontraron relatos que muestran que, en esta etapa, la vida sexual para algunas de las participantes fue una puerta que se les abrió, conociendo personas que las han envuelto de placer y goce.

Es importante señalar que, la forma en que experimentan estos cambios está directamente vinculada con el hecho de que tengan o no pareja en esta etapa de la vida, ya que, como se vislumbra, en el caso de las entrevistadas viudas, la muerte de sus esposos marca un antes y un después dentro de este ámbito, siendo un elemento clave en la transformación de su vida. Además, se observa en varias entrevistadas que existe un giro en la vida sexual, desde una más centrada en el coito y física, hacia una más afectiva en donde el amor y el cariño que se tienen en la relación es lo esencial y la base de esta.

6.4 Identificando qué prácticas realizan en su vida sexual

En este apartado se busca reconocer las principales prácticas sexuales que realizan hoy en día las mujeres adultas mayores. Al realizar el análisis se observa que el tener -o no- una pareja, tiene un gran peso en cómo las entrevistadas experimentan su vida sexual.

Al analizar la información, se observa que algunas de las entrevistadas relatan que se consideran como inactivas sexualmente, es decir, que ya no se desenvuelven en este ámbito de la vida. Como ha sido señalado en los apartados anteriores, la concepción que se tiene de la sexualidad está relacionada a la existencia de un vínculo amoroso que lo precede, por lo que, las mujeres sin parejas tienden a sentirse automáticamente desconectadas de su dimensión sexual, considerándose ajenas a esta.

No po activa ya no, ¿ya con quién? (Solange, 86 años, viuda).

Conjuntamente, dos de las entrevistadas casadas se conciben de cierta forma como parte del mismo grupo, es decir, como desvinculadas de su vida sexual. Al indagar en el relato de Juana, una de ellas, señala tajantemente que no se considera activa sexualmente, sin embargo, relata que la última vez que tuvo un encuentro sexual fue hace aproximadamente un mes, pero no se proyecta volviendo a tener otro. Da la impresión de que, para esta entrevistada, lo que muestra que no sea activa sexualmente es su desinterés por esta dimensión, es un tipo de actividad que se encuentra mentalmente cerrada para ella, en la cual ya se pasó la página. En cambio, la entrevistada Iris al principio señala que se siente desentendida de su dimensión sexual, dando a entender que actualmente es algo ajeno para ella. Sin embargo, después va profundizando en el tema y señala que no es que no existan prácticas sexuales en su relación, sino que no son y no se expresan de la misma forma que en su pasado. Da a entender que su sexualidad ahora se ha resignificado:

Tranquila porque ya es una cosa que yo ya tengo superada, a los 85 años tu comprenderás que yo ya no tengo relaciones sexuales. (...) Sí relaciones de amor, de tomarse la mano, de besarse, pero ya no sexual, en el sentido del contexto que tomas tú a la sexualidad, pero para mí también tiene un contenido sexual, cuando estamos en la noche viendo una película y estamos tomados de la mano... de otra manera (Iris, 85 años, casada).

A través del relato de Iris, se identifican prácticas sexuales más relacionadas a los actos afectivos, vinculados a sentirse acompañada con su pareja. Se observa claramente -al igual que en el apartado anterior- que ha existido una transformación hacia una sexualidad más

afectiva. Las entrevistadas hablan de que para ellas es esencial sentirse en compañía con su pareja, dormir juntos, tomarse de la mano, hacerse cariño, besarse, etc. Por consiguiente, lo afectivo es lo fundamental de su vínculo y las prácticas que realizan están principalmente relacionadas a actos y encuentros de tipo amoroso.

Todavía en la noche nos despertamos y nos tomamos de la mano. Creo que eso es muy importante, la parte afectiva, no solamente física, sino que la parte afectiva. y esa parte afectiva va con la capacidad de cada uno digamos de querer, de amar y de entregar ¿me entiendes tú? (Cecilia, 80 años, emparejada).

La mayoría de las entrevistadas emparejadas señalan que, los encuentros sexuales que poseen en esta etapa de la vida tienen una menor centralidad en el coito, sin embargo, eso no significa que no realicen este acto, sino que no es el foco de la actividad sexual. Señalan que tiende a haber sexo penetrativo, pero que su vida sexual va mucho más allá. Las entrevistadas evidencian que han aprendido y buscado nuevas formas de vivir la sexualidad de una manera más satisfactoria.

A mí me gusta mucho ponte tú la afectividad, el cariño, la insinuación, el juego, una cosa bonita po si hacer el amor es una cosa bonita, no puede ser una cosa, así como la penetración y se acabó no, no, no. A mí me gusta todo ese jugueteo que uno hace antes, que te besas, que te no sé... por último conversas, ¡te tomas... te aprietas no sé! Pero a mí me encanta apretarlo, me gustan sus músculos (...) me gusta tocarlo, su espalda, sus bolsitas, su cara que no le gusta que le toque la cara, pero me encanta, me encanta, me encanta, y el también po, ¿te fijas? y a veces ponte tú nos abrazamos y nos tocamos con ropa, y a veces nos tocamos sin ropa entonces es como divertido. Entonces como que la hacemos divertida siempre nos gusta como estar haciendo las cosas divertidas, y a veces resultan bien, y a veces no resultan (...) ponte tú, por causa de la erección y nos matamos de la risa (Magdalena, 75 años, casada).

Magdalena señala que, el contacto físico con su marido es algo muy importante para ella, tenerlo cerca de su cuerpo, apretarlo, tocarlo y hacerle caricias. Además, deja entrever que se han adaptado y acomodado con las ocurrencias que pueden suceder en los encuentros sexuales, como que su pareja no logre una erección. La entrevistada cuenta que han hecho de

esta situación -que en un pasado quizás pudo ser incómoda- un momento grato, divertido, y afín al encuentro sexual.

Vinculado con lo anterior, Cecilia también señala que desarrolla su vida sexual con su pareja sabiendo que las erecciones de su cónyuge no tienen la misma duración que en años anteriores. Cuenta que han conciliado este hecho con otro tipo de prácticas como las masturbaciones mutuas y el sexo oral:

Eso, como te digo, mira hay penetración al comienzo, pero como después se afloja el miembro seguimos con caricias manuales, con sexo oral. Pero es tan sano todo eso, o sea lo vivimos de una manera tan sana, para nada como que una anomalía o una perturbación ¿me entiendes? Y en ese sentido yo digo bueno yo tengo esa formación de ideología de izquierda, de avanzada... pero él no, él es músico, y entonces yo pienso que para el hombre es natural no sentir... a no ser que tenga un trauma me ¿entiendes tu?, no sentir complejo de... (...) como una presión, como culpa, para él es natural (Cecilia, 80 años, emparejadas).

La cita además abre un tema muy interesante, sobre la diferente aceptabilidad de la sexualidad que existe para hombres y mujeres. La entrevistada manifiesta que, para las mujeres es mucho más difícil vivir una sexualidad plena sin sentimientos de culpa y de arrepentimiento. Freixas (2018) señala que desde la juventud se ha estigmatizado a las mujeres que expresan sus deseos y necesidades sexuales. Cecilia señala que ha podido contrastar y hacer frente a esta situación de no sentir culpa por vivir su sexualidad, e indica que lo ha logrado tanto por su educación como doctorada en biología, como por su formación en política de izquierda-progresista. Lo anterior, generó en ella una idea de lo que significa tener y desenvolverse sexualmente con menos mitos, tapujos e inhibiciones. La participante comparte una reflexión en la entrevista, señala que su pareja no posee el mismo bagaje intelectual que ella e igualmente vive la sexualidad de manera natural, sin las incomodidades y perturbaciones que tienden a pesarle a las mujeres, ya que no le fue enseñado que es un tema prohibido. Como señala Freixas (2018), los varones han tenido una mayor permisividad para actuar como agentes sexuales, mientras que a las mujeres esa dimensión de sus vidas les fue anulada y prohibida.

La entrevistada Ana, también relata que para disfrutar de la sexualidad hay que despojarse de las creencias tabú inculcadas. Señala que, para una fructífera vida sexual, la meta o el horizonte que hay que tener en la intimidad sexual, es pasar un momento grato y satisfactorio:

Cuando uno se entrega al sexo, no hay, nada, nada, nada prohibido, esas cuestiones que son tabú, que el sexo, que el sexo oral, que otras cosas... ¡no! si en el placer no hay nada que se diga no (Ana, 79 años, emparejada).

Al indagar en las prácticas sexuales más concretas que realiza Ana, ella señala que realiza “de todo lo imaginable”. Es interesante contrastar el hecho de que antes de que tuviera a su pareja actual, para Ana era una incógnita como las personas mayores tenían relaciones sexuales:

Yo pensaba ¿cómo lo harán los viejitos para tener sexo? ¿qué sentirán? ¿sentirán? y ahora digo pregúntenme a mí po. (...) es que ¡aaaay!... a mí me da risa cuando a veces me dicen, ¿le ayudó a bajar de la micro? me quedo mirando a la gente... y si supieran las locuras que hago y me está ofreciendo bajarme, están locos jajaja. (Ana, 79 años, emparejada).

En cambio, Miriam señala que la sexualidad en este periodo de la vida sigue siendo un enigma, ya que ella no la ha experimentado. Señala que no se imagina como es la vida sexual en las personas mayores:

(...) No me lo imagino muy bien, yo cuando veo las parejas viejas yo me pregunto si estos no deben hacer el amor... (...) o ¿cómo será que hacen el amor éstos o será puro cariñito no más?... no me lo puedo imaginar bien... (Miriam, 75 años, separada).

Estas citas muestran que el tabú de la sexualidad en la vejez permea y forma parte de las mismas personas mayores, ya que, al no conversar sobre este tema, se asume su inexistencia por omisión. No se habla ni se observa en los medios de comunicación que las personas mayores tienen relaciones sexuales, pero, en cambio, si se ven sujetos/as jóvenes y adultos/as. Por tanto, esa información no se encuentra en ningún lado, por lo que Ana descifró el enigma de cómo viven la sexualidad las personas mayores desde el momento en que la empezó a experimentar.

En el transcurso de la entrevista se pudo conocer con mayor profundidad la relación de Ana con su pareja, se pudo entrever que esta posee particularidades en comparación con las relaciones de las otras entrevistadas. Ana no posee una relación de amor romántico (Giddens, 2004), ella no busca crear una historia en conjunto con su pareja, cada uno vive su vida sin grandes proyecciones en conjunto, ya que, desde que empezaron a vincularse pusieron límites en torno a un “nosotros”. Ana da a entender que su vínculo está más centrado en el presente, principalmente en el placer y la satisfacción del momento que se producen entre ambos. Ella relata que conoció a su pareja en un colectivo que él conducía, en el cual, a través del desenvolvimiento de una buena conversación, terminaron teniendo una cita a almorzar y posteriormente su primer encuentro sexual:

Nos juntamos que se yo, almorzamos y conversamos cualquier cantidad, y entonces me dijo: ¿algún postre? [Ana le respondió] “No, yo te voy a dar el postre a ti”, cara de palo. ¿Vamos a mi departamento le dije? ¿En serio? me dijo. Sí. ¿Y qué postre? Imagínatelo po le dije. y ahí llevamos 7 años, se acordaba él el otro día, me dijo 7 años que llevo contigo Anita me dijo, [y ella le preguntó] ¿crees que han sido muy fome? ¡No! me dijo todo lo contrario... Él es casado eso sí. (...) Yo nunca le mencionó nada de su vida, nada, nada, nada. Nos vemos nos queremos, nos amamos, hacemos locuras que se yo y hasta ahí, sobre todo, yo no le pregunto nada él (...) Fidel [su pareja] lo primero y único que me dijo y que nunca más me lo mencionó fue “yo no voy a dejar a mi señora”. Yo no estoy pidiendo eso y no te lo pediría tampoco, porque tú no eres mi dueño, eso fue cuando empezamos. Pero resulta que... como se llama... pero ¿por qué se quedará las noches conmigo?, eso es lo que me extraña (Ana, 79 años, emparejada).

Lo que comparte Ana es muy interesante, ya que señala que su relación tiene un límite, en la cual realizan ciertas cosas juntos, y comparten ciertos momentos, pero cada uno tiene una vida fuera de su vínculo. Aunque se quieran mucho, la entrevistada sabe que él es casado, por lo que tiene otra pareja. Esto en contrario a las otras entrevistadas, muestra que sus prácticas sexuales, aunque estén enlazadas al amor y al cariño, no se encuentran en la misma intensidad de esta dimensión afectiva que las otras participantes. Ana da a entender que, más que tengan encuentros sexuales en los cuales se expresa el amor en todas sus formas, es un

momento en el cual se desenvuelven en torno a pasar un momento grato, una instancia placentera de goce y satisfacción.

Al intentar reconocer las prácticas sexuales solitarias, solo dos de las entrevistadas -las cuales no poseen pareja- comentan que practican la masturbación. Las dos señalan que lo realizan cada vez con menos frecuencia. Sin embargo, no se logró indagar con mayor profundidad sobre qué y cómo lo realizan. Solo Miriam caracteriza más esta práctica y señala:

De pronto en la ducha me hago un cariñito (Miriam, 75 años, separada).

Hubiera sido interesante, haber podido conocer en mayor profundidad cómo practican el autoerotismo las mujeres adultas mayores, ya que existen diferentes formas y acciones que les pueden generar placer a las personas con vulva. Por ejemplo, masturbarse en la ducha como comparte Miriam, con un cojín, cruzando las piernas, de manera manual, con algún juguete sexual, y un sinnúmero de otras posibilidades que desconocemos. Por lo tanto, no se pudo caracterizar de manera exhaustiva sobre qué prácticas sexuales realizan las mujeres adultas mayores para satisfacerse de manera solitaria.

Por lo anteriormente desarrollado, se vislumbra que las mujeres adultas mayores poseen una diversidad de prácticas sexuales, las cuales han dependido en gran medida de si tienen o no tienen una pareja estable. Se observa que existe una gran valoración a las prácticas sexuales ya que están muy vinculadas a lo afectivo de su relación, ya que estos actos son expresiones de amor y cariño; sin embargo, no es la regla en todos los casos. Además, se observa que existen tanto prácticas sexuales en pareja como de manera individual, sin embargo, el hecho de concebir las prácticas sexuales como actos en compañía genera que las personas no expresen ni manifiesten sobre instancias sexuales de manera solitaria que les generan placer, ya que no las conciben como prácticas sexuales en sí.

7. Conclusiones

En este último apartado se exponen las principales conclusiones del presente estudio, para esto se resumen los resultados que se obtuvieron por cada objetivo específico y posteriormente se realiza una conclusión con relación a la pregunta de investigación. Luego

se presentan las principales limitaciones del estudio y finalmente se sugieren futuras líneas de investigación.

Al realizar una síntesis de los resultados de la investigación, se puede señalar en primer lugar -vinculado al primer objetivo-, que las mujeres adultas mayores poseen diversos significados en torno a las prácticas sexuales, en donde la mayoría las concibe de más de una forma. Las entrevistadas dan a entender que el peso de la socialización que tuvo para ellas la noción de la sexualidad como tabú tiene mucha influencia en cuanto consideran que es una dimensión privada, íntima, oculta y secreta de las personas. También, se observa que las entrevistadas poseen una idea de las prácticas sexuales muy vinculada a que son actos sexuales que se realizan en compañía con la persona que uno ama. Por otro lado, las participantes vislumbran que la dimensión de la sexualidad es algo propio de todos los seres vivos, por lo cual implicaría que son prácticas ligadas al mundo animal. Desarrollan, por un lado, la idea de que son acciones orientadas principalmente a la reproducción, sin embargo, que forman parte de todo el ciclo vital de las personas, pero de diferente manera, ya que con el paso de los años la vida sexual se va modificando. Por último, se observa que las entrevistadas poseen una mirada de las prácticas sexuales vinculada al placer, algunas de ellas señalan que, el hecho de que sean actos satisfactorios es un elemento esencial dentro de los encuentros sexuales.

En el segundo objetivo, el cual es de las valoraciones que poseen las mujeres adultas mayores sobre su trayectoria sexual, se observa en primer lugar que estas valoraciones están muy vinculadas al objetivo anterior, ya que, la forma en que ellas aprecian y sienten como ha sido su vida sexual, obedece de gran manera al modo en que la significan. Se muestra que la creación de una familia es la expresión de una buena sexualidad, tanto vinculada a la relación de pareja como a la capacidad de procreación. Esta apreciación está muy vinculada a las concepciones de amor y reproducción que se pudieron observar en el apartado de los significados. Además, se observa que algunas de las entrevistadas valoran la vida sexual pero no el acto coital en sí, sino lo que produce, que es la creación de un hogar conjunto a una familia. Por otro lado, las entrevistadas narran que el placer es una sensación muy importante para valorar positivamente la sexualidad. Se deja entrever que para algunas de las participantes que sean actos satisfactorios es esencial, sin embargo, otras ni siquiera nombran este tema como algo relevante para su vida sexual. También se pudo observar que, el desigual

deseo sexual que poseen las parejas dentro de las relaciones amorosas puede traerles momentos de tensión, ya que el tener libidos diferentes dificulta su desenvolvimiento en la sexualidad. Además, se vislumbra que algunas de las entrevistadas en su trayectoria de vida han tenido momentos traumáticos vinculados a esta dimensión, los cuales se vuelven hitos que pesan fuertemente a la hora de valorar su sexualidad. Por último, se muestran que existen contradicciones entre el discurso que poseen sobre la vida sexual en la juventud y las valoraciones de sus propias experiencias de esa época. Se observa que, aunque tienen una idea de que en esa etapa se expresa el epítome de la sexualidad; muchas de ellas no tuvieron gratas experiencias sexuales en su época juvenil. Por demás, se muestra que en la actualidad las mujeres adultas mayores aprecian de diferentes maneras su vida sexual, sin embargo, el hecho de tener -o no- pareja influye en como la valoran, ya que las personas que se encuentran solas se sienten completamente desentendidas debido a que no se consideran personas sexualmente activas.

En el tercer objetivo se vislumbran los rasgos del proceso de envejecimiento que han influido en la vida sexual de las mujeres adultas mayores. Se observa que existen rasgos tanto individuales como relacionados con sus parejas que afectan la vida sexual de las entrevistadas. Las participantes señalan que han tenido tanto cambios de pensamiento como transformaciones en el ámbito físico (de tipo funcional) que han afectado la forma en que se desenvuelven en la sexualidad. Además, desarrollan detalladamente las variaciones que han sentido respecto a su deseo sexual. Sobre los rasgos vinculados a la pareja, se observa que, al concebir las prácticas sexuales como actos en compañía, las transformaciones que vive sus parejas repercuten directamente en ellas. Además, se muestra que, en el caso de las entrevistadas viudas, la muerte de la pareja es un hecho que afecta completamente sus vivencias sexuales, marcando un antes y un después en esta dimensión. Se puede observar que, para algunas entrevistadas la sexualidad es una dimensión de su vida que se va cerrando con el proceso de envejecer, y que -en algunos casos- ya terminó por cerrarse; dando a entender que tanto el deseo como la actividad sexual tienen fecha de término, ya que caducan con el tiempo. Por otro lado, otras entrevistadas identifican más patrones continuos que cambios en su sexualidad. Sienten que se sigue desarrollando su vida sexual como la han vivido a lo largo de su trayectoria vital, sin embargo, notan transformaciones, por ejemplo, en una disminución de la frecuencia del acto sexual. También se encontraron relatos que

muestran que, en esta etapa, la vida sexual para algunas de las participantes tuvo una transformación, ya que fue una dimensión de su vida que se volvió a abrir, conociendo nuevas personas que las han reconectado con las experiencias placentera de la sexualidad. Por último, se observa en este apartado, que la vida sexual en esta etapa significa un cambio, en donde se desprenden de prácticas sexuales centrada en el coito, y desarrollan una sexualidad de carácter más afectiva, en donde el amor y el cariño que se tienen en la relación pasa a ser la base del vínculo y del acto.

Con respecto al análisis del cuarto objetivo, se identifican las diferentes prácticas sexuales que realizan las mujeres adultas mayores, en donde se observa que estas prácticas han obedecido a la situación amorosa de las entrevistadas, es decir que dependen de si tienen o no pareja. Las mujeres que no poseen un compañero afectivo consideran que quedan completamente desconectadas de este objetivo, ya que creen que tener una pareja es la base para tener actividad sexual, por lo que como ellas no tienen, se sienten desentendidas del tema en cuestión. Sobre las entrevistadas que poseen pareja, se vislumbra que estas prácticas están muy vinculadas a lo afectivo de su relación, ya que son expresiones de amor y cariño, aunque esto no se constituye como la norma en todos los casos. Por último, se observa que existen tanto prácticas sexuales en pareja como de manera individual, no obstante, el hecho de concebirlas como actos en compañía, genera que las personas no expresen o no consideren como prácticas sexuales las instancias que las realizan de manera solitaria.

Por lo desarrollado, al intentar responder la pregunta de investigación: ¿De qué maneras experimentan su vida sexual las mujeres adultas mayores, que viven en la Región Metropolitana en el año 2022? Se observa a través del transcurso del estudio que, al igual que como señala Freixas (2018) las experiencias eróticas de las mujeres mayores están lejos de ser uniformes y homogéneas, son más bien una experiencia múltiple y diversa que se relaciona con la historia personal y la coyuntura sociocultural, además depende más de los significados y de las normas sociales que de la estricta respuesta fisiológica que se tiene en esta etapa de la vida.

Se vislumbra por demás que, la manera en que experimentan su vida sexual las mujeres adultas mayores está dada en gran medida por la socialización de género que han tenido a lo largo de su trayectoria vital. Se observa que las entrevistadas han interiorizado la forma en

que tienen que comportarse acorde a su género, lo cual ha tenido importantes efectos en cómo se desenvuelven sexualmente. A través de distintas normas y principios de socialización, las mujeres adultas mayores han intentado responder a las expectativas sociales que se esperan de ellas por el hecho de ser mujeres. Por lo que, a lo largo de su vida han tenido obstáculos para desenvolverse de manera libre en su vida sexual, teniendo la presión de cumplir con los papeles y roles que se les fueron otorgados. Esto ha producido que sean personas reprimidas social e individualmente en el ámbito sexual, generando que consideren como inapropiado que se desenvuelvan y expresen sus deseos, necesidades y anhelos en torno a esta dimensión de su vida.

Lo anterior, deja entrever que, la cultura patriarcal ha permeado de tal manera la sociedad en la que han vivido las entrevistadas, que ha hecho que estas mujeres se sientan impedidas y limitadas para desenvolverse tal y como quisieran, es decir, sin la presión de obedecer los patrones de género que este sistema patriarcal les ha impuesto.

Por otro lado, respecto a una hipótesis implícita que se tenía de esta investigación, tanto por la literatura, como por la noción reproductiva que poseen las entrevistadas de las prácticas sexuales, se presuponía que, en el momento en que estas perdieran su capacidad reproductiva, se volverían personas desvinculadas de su dimensión sexual. Sin embargo, en el transcurso de la investigación, se observa que las mujeres adultas mayores, aunque tuvieran nociones de la vida sexual muy vinculadas a la reproducción, siguieron teniendo actividad sexual posterior a la llegada de su menopausia. Por lo tanto, se revela un desajuste entre sus valoraciones teóricas, es decir la forma en que conciben la sexualidad, con la forma en que realizan estas prácticas, ya que se vislumbra que son mujeres que han tenido actividad sexual posterior a su etapa de fertilidad y las cuales han seguido conectadas con esta dimensión. Esto puede estar dado por lo que señala Diaz (1997) respecto a que las experiencias se mueven tanto en la medida de la reflexión como en la del fluir, por lo que, las personas no serían seres racionales en todo momento, en ocasiones se dejan llevar sin tener intervenciones conscientes y lógicas.

Por lo desarrollado, este estudio refleja una sociedad marcada por mitos y creencias que han obstaculizado una libre expresión de las sexualidades. Estos, como se ha observado, han pesado de gran manera, tanto en las mujeres por su socialización de género, como en general

en las personas mayores, por la concepción que existe de ellos como sujetos asexuales; lo que ha generado que exista una represión, tanto social, como propia de las personas en el ámbito de su sexualidad.

Es relevante señalar sobre la presente investigación alguna de las limitaciones que se presentaron y que pueden tener incidencia en los resultados expuestos. Estos obstáculos están principalmente vinculados con la forma en que se llevó a cabo la metodología, específicamente en la producción de información. En algunos casos la búsqueda de sujetas para la muestra se realizó a través del muestreo bola de nieve, ya que algunas entrevistadas recomendaban a posibles mujeres adultas mayores que les podría interesar participar en este estudio. Esto pudo significar un posible sesgo, en el sentido de que hay bastantes entrevistadas del mismo nivel socioeconómico acomodado y a la vez del mismo contexto, por lo que existiría una sobre representación de este tipo de sujetas. Además, en el momento de realizar algunas de las entrevistas, se les dio la posibilidad de efectuarlas en sus hogares o en un lugar público de su preferencia -en todos los casos que se realizaron fuera de sus casas fueron en cafeterías-. El hecho de realizar entrevistas sobre un tema tabú e íntimo en lugares públicos pudo generar en ciertas participantes que se sintieran incómodas hablando del tema debido a la exposición del local, por lo que, puede que hayan omitido cierta información relevante, para que las personas del alrededor no las escucharan.

A través del desarrollo de esta investigación se observa que existen diversos temas vinculados que resultan ser potencialmente relevantes y que se relacionan con el presente estudio. Estas sugerencias de futuras líneas de investigación podrían ser un aporte para profundizar sobre la sexualidad en la vejez. Por un lado, sería interesante realizar investigaciones que ahondaran y se enfocaran en diferentes características de la vida de las mujeres que, según la literatura existente y por lo observado en las entrevistas son relevantes. Por lo que se propone que para investigaciones futuras se ponga el foco en como impactan el nivel socioeconómico y el nivel educacional en la forma en que comprenden, significan, valoran y experimentan la sexualidad las entrevistadas. Además, sería interesante realizar una investigación de este tipo que analice como cambia la forma en que las personas mayores experimentan su sexualidad según los lugares en donde habitan, ya que es diferente la experiencia de personas que viven

solamente con su pareja, con las de aquellas que viven de allegadas en la casa de uno/a de sus hijos/as o en un hogar de adultos/as mayores. Al indagar en esta última idea, sería interesante poder entrever las formas que experimentan la sexualidad aquellas que se encuentran en residencias de personas mayores. Por lo señalado, se abren interrogantes como: ¿en los hogares de personas mayores, existe la posibilidad de que los residentes puedan desenvolverse en su dimensión sexual o más bien son prácticas prohibidas en estos contextos?

Por otro lado, sería interesante que para futuras investigaciones se estudiara en mayor profundidad la expresión del autoerotismo en las mujeres adultas mayores, ya que en esta investigación no se pudo obtener una amplia averiguación sobre este tema. Por lo tanto, una investigación que ahonde en el autoerotismo podría ser muy beneficiosa en la obtención de nuevos conocimientos, en especial por lo que señala Freixas (2018) sobre que la mayoría de las personas de este grupo etario -en especial las mujeres- viven solas y muchas veces sin una pareja afectiva, por lo que el desenvolvimiento de su propia sexualidad se encuentra -exclusivamente- en sus propias manos.

Por último, sería relevante que se realizara una investigación como la presente, pero centrada en como experimentan la sexualidad los hombres adultos mayores, ya que, en el transcurso de la investigación se observa, desde las voces femeninas, que para los varones este tema en el periodo de la vida de la vejez, puede ser problemático y conflictivo, ya que se entremezcla con la masculinidad y los roles de género que se espera de estos individuos, por lo que sería interesante poder indagar desde la experiencia de los propios hombres adultos mayores.

8. Bibliografía

- Andréu, J. (2000). Las técnicas de Análisis de Contenido: Una revisión actualizada. *Fundación Centro Estudios Andaluces - Universidad de Granada*, 10(2), 1 - 34.
- Arnold, M., Thumala, D., Urquiza A. y Ojeda A. (2008). Sexualidad en la tercera edad. La imagen de los jóvenes universitarios. *Punto-e-Vírgula*, 4, 358 – 374.
- Arnold, M., Thumala, D., Urquiza, A., y Ojeda, A. (2007). La vejez desde la mirada de los jóvenes chilenos: Estudio exploratorio. CIDPA Valparaíso: *Última Década*, 27, 75-91.
- Balarezo, G. (2014). *Creencias acerca de la masturbación*. Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas.
- Bahamón, M. Vicnachá, M, y Tobos, A. (2014). Prácticas y conductas sexuales de riesgo en jóvenes: una perspectiva de género. *Psicología desde el Caribe. Universidad del Norte*, 31(2), 327-353.
- Bauman, Z. (2005). *Amor Líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Fondo de Cultura Económica.
- Belli, G. (2020). *El intenso calor de la luna*. Seix barral.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Editorial Anagrama.
- Butler, R. (1969). Ageism: Another Form of Bigotry. *The Gerontologist*, 9, 243-246.
- Canales, M. (2006). *Metodologías de investigación social: introducción a los oficios*. LOM ediciones.
- Cerquera Córdoba, A. M., Galvis Aparicio, M. J., & Cala Rueda, M. L. (2012). Amor, sexualidad e inicio de nuevas relaciones en la vejez: percepción de tres grupos etarios. *Psychologia. Avances de la disciplina*, 6(2), 73-81.
- Comunidad Mujer. (2016). *Mujer y trabajo: Los retos que plantea la feminización de la vejez en Chile*. Serie Comunidad Mujer, N°37.

- Cornejo, M. (2006). El enfoque biográfico: trayectorias, desarrollos teóricos y perspectivas. *Psyche (Santiago)*, 15(1), 95-106.
- Cortés, A., Ayerbe, A., Medrano, C. (2002). La cultura de la tercera edad: dilemas contextualizados. *Intervención Psicosocial*, 11(1), 7-25.
- Díaz R. (1997). La vivencia en circulación. Una introducción a la antropología de la experiencia. *Alteridades*. 5-15
- Duarte, K. (2012). Sociedades Adultocéntricas: sobre sus orígenes y reproducción. *Revista Última Década*, 36, 99–125.
- Duarte, K. (2016). *Juventudes en Chile: Miradas de Jóvenes que investigan*. Social Ediciones.
- Duarte, K (2021). Artesanía intelectual en el análisis cualitativo de contenidos. En Klaudio Duarte (ed). *Separar para construir. Análisis cualitativo de información*. Sociales Ediciones, Universidad de Chile. En prensa.
- Elizalde, S. (2008). *Debates sobre la experiencia*. Oficios terrestres.
- Flick, U. (2007). *Introducción a la investigación cualitativa*. Ediciones Morata.
- Freixas, A. (2008). La vida de las mujeres mayores a la luz de la investigación gerontológica feminista. *Anuario de Psicología*, 39(1), 41-57.
- Freixas, A., Luque, B. (2008). El secreto mejor guardado: la sexualidad de las mujeres mayores. *Política y Sociedad*, 46(1), 191-203
- Freixas (2018). Sin reglas. Erótica y libertad femenina en la madurez. Capitan Swing. Madrid.
- Fuentes, A., Osorio, P. (2020). Una mirada a la vejez en tiempos de pandemia, desde el enfoque de curso de la vida y desigualdad. *Revista Chilena de Salud pública. Número especial: Virus y Sociedad: hacer de la tragedia social una oportunidad de cambios*.

- Gainza, A. (2006) La entrevista en profundidad individual. En Canales, M. (comp.) *Metodología de Investigación Social. Introducción a los Oficios* (pp. 219- 263). LOM Ediciones.
- García, G., Quijada, D., Mellado, M., Palominos, J., Torres, A., Valenzuela, D. (2019). Percepción de profesionales de enfermería sobre la valoración de la sexualidad en adultos mayores (Chile). *Cultura de los Cuidados (Edición digital)*, 23(55).
- García, G., Venebra, A., Ororzco, A. Aguilera, U. (2020). Menarquía relación entre el primer embarazo y el índice de desarrollo humano en diez países de América Latina. *Enseñanza e investigación en psicología*, 2 (2) 246-254.
- Giddens, A. (2004). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Cátedra.
- Guasch, O. (1993). *Para una sociología de la sexualidad*. Reis, 105-121.
- Guevara, E. (2013). *Intimidad y modernidad. Precisiones conceptuales y su pertinencia para el caso de México*. El Colegio De México.
- Herrera, A. (2003). Sexualidad en la Vejez: ¿Mito o Realidad? *Revista Chilena de Obstetricia y Ginecología*, 68(2), 150-162.
- Instituto Nacional de Estadísticas (INE). (2017). “Segunda entrega resultados definitivos CENSO 2017”. Disponible en: http://www.censo2017.cl/wpcontent/uploads/2018/05/presentacion_de_la_segunda_entrega_de_resultados_censo2017.pdf
- Instituto Nacional de Estadísticas (INE) (2018). “Estimaciones y proyecciones de la población de Chile 1992- 2050 Total país”. Disponible en: <https://www.censo2017.cl/descargas/proyecciones/sintesis-estimaciones-y-proyeccionesde-la-poblacion-chile-1992-2050.pdf>
- Instituto Nacional de Estadísticas (INE) (2021). “Anuario de estadísticas vitales, 2018”. Periodo de información: 2018. Disponible en: <https://www.ine.cl/docs/default->

source/nacimientos-matrimonios-y-defunciones/publicaciones-y-anuarios/anuarios-de-estad%C3%ADsticas-vitales/anuario-de-estad%C3%ADsticas-vitales-2018.pdf?sfvrsn=10e4ed27_5

- Johnson, M. (2001), “La conception de la vieillesse dans les théories gérontologiques”, *Retraite et Société*, 3(34), pp. 51-67.
- Lamas, M. (1998). Sexualidad y género: la voluntad de saber feminista: Szasz I, Lerner. En *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. El Colegio de México, 49-67.
- Lasagni, V., Bernal, R., Tuzzo, M., Rodríguez, M., Heredia, D., Muñoz, L., Palermo, N., Torrealba, L., Crespo, E. Gavira, G., Palacios, M., Villarroel, C., Makin, W., Charamelo, A., Díaz, P. (2013). Estereotipos negativos hacia la vejez en personas mayores de Latinoamérica. *Revista Kairós Gerontología*, 16(4), pp. 9-23.
- MacKinnon, C. (1995). *Hacia una teoría feminista del Estado*. Ediciones Cátedra.
- Montoya, D., Rodríguez, O. (2008). Una aproximación a la asociación entre prácticas sexuales y características sociodemográficas de un grupo de estudiantes universitarios usando el método de correlación canónica. *Avances en Medición*, 6, 53-66.
- Oddone, M, J. (2013). Antecedentes teóricos del Envejecimiento Activo. Informes *Envejecimiento en red*, 4.
- Organización Mundial de la Salud. (2018). La salud sexual y su relación con la salud reproductiva: un enfoque operativo. *WHO*, 1(1), pp. 1-12. <https://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/274656/9789243512884-spa.pdf>
- Osborne, R. y Molina, C. (2008). Evolución del concepto de género (Selección de textos de Beauvoir, Millet, Rubin y Butler). *Empiria: Revista de metodología de ciencias sociales*, 15, 157- 182.

- Osorio, P., Sadler, M. (2005). La construcción socio cultural de la vejez desde una mirada de género. En González, O. & Reneré, R. *Climaterio en la atención primaria*. Chile Editorial Bywaters.
- Osorio, P. (2006). “La longevidad: más allá de la biología. Aspectos socioculturales”. *Papeles del CEIC*, 22, 1-28.
- Osorio, P. (2007). Construcción Social de la Vejez y Expectativas ante la Jubilación en Mujeres Chilenas. *Revista Universum*, 22(2), 194-212.
- Osorio, p. (2008). Envejecer en Chile. Una mirada femenina. En Montecino, S. *Mujeres chilenas fragmentos de una historia*. Catalonia, pp. 611-619.
- Pavez Rosales, G. (2019). “Revolución sexual en Chile” La implementación de la píldora anticonceptiva como política pública. Estudio de la situación en Santiago 1965-1968. Disponible en <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/178612>
- Radrigán, V. (2021). Pajas muy pajeras, Masculinidad hegemónica, tecnologías y masturbación. *HYBRIS: Revista de Filosofía*.
- Robledo, L. (2016). Los paralogismos de la vejez. *Revista Estudios del Desarrollo Social: Cuba y América Latina*.
- Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo. *Nueva antropología*, 8(30), 95-145.
- Rubin, G. (1989). Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad. *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, 113, 190.
- Salvarezza, L. (1993). *Psicogeriatría: teoría y clínica*. Paidós.
- Sautu, R. (1999) Estilos y Prácticas De la investigación biográfica. En Sautu. *El método biográfico: la reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Editorial del Belgrano.

- Scott, J. W. (1991). Experiencia (M. Silva, Trans.). *Feminists Theorize the Political*, 773-797.
- Scott, J. W. (1996). El género: Una categoría útil para el análisis histórico. En: Marta Lamas (comp.). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. PUEG. pp. 265-302.
- Scott, J. W. (2011). Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis? Teoría y pensamiento feminista. *La manzana de la discordia*, 6(1), 95-101.
- Servicio Nacional del Adulto Mayor (SENAMA) (S.F.). “Mujeres y Hombres Mayores: Elementos desde el envejecimiento y la vejez”. Disponible en: http://www.senama.gob.cl/storage/docs/HOMBRES_Y_MUJERES_MAYORES_ELEMENTOS_DESDE_EL_ENVEJECIMIENTO.pdf
- Sontag, S. (1982). *“Double Standard of Aging”*. Harper & Row.
- Taylor, S. J. & Bogdan, R. (1992). *Introducción a los métodos cualitativos en investigación. La búsqueda de los significados*. Paidós. pp. 100-132.
- Téllez, A., Verdú, A. (2011). El significado de la masculinidad para el análisis social. *Revista Nuevas Tendencias en Antropología*, 2, 80-103.
- UC-Caja Los Andes (2017). Chile y sus mayores: 10 años de la encuesta Calidad de Vida en la Vejez UC-Caja los Andes. Resultados IV Encuesta Calidad de Vida en la Vejez. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- UC-Caja Los Andes. (2020). Chile y sus mayores: Quinta encuesta nacional de calidad de vida en la vejez 2019. UC-Caja Los Andes. Programa Adulto mayor UC. Centro UC Estudios de Vejez y Envejecimiento.
- Vasquez-Bronfman, A (2006). *Amor y sexualidad en las personas mayores. Transgresiones y secretos*. España.

- Walz, T. (2002). Crones, dirty old men, sexy seniors: Representations of the sexuality of older persons. *Journal of Aging and Identity*, 7(2), 99-112.
- Wong, L., Álvarez, Y., Domínguez, M., Santos, Y. & González, A. (2010). La sexualidad en ancianos de la parroquia Dalla Costa, municipio Caroní, Estado Bolívar, Venezuela. *Revista Médica Electrónica On-line*, 32(2).
- Yuni, J. (2008). Envejeciendo y género; perspectivas teóricas y aproximaciones al envejecimiento femenino. *Revista Argentina de Sociología*, 6(10), 151-169.